

todos los muertos estrenaron corbata

SILVER KANE



SS

SERVICIO SECRETO



SILVER KANE

**TODOS LOS MUERTOS
ESTRENARON
CORBATA**

Colección
SERVICIO SECRETO nº 1.178
Publicación semanal
Aparece los MIÉRCOLES



EEDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito legal: B. 1.212 — 1973

ISBN 84-02-02513-7

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1973

© SILVER KANE —1973

texto

© JOSÉ TRIAY —1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Mora la
Nueva, 2 — Barcelona — 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.312. — La boca de la serpiente.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.176. — La muerte escondió un secreto.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. — Infierno: capital Dodge City.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.000 — Fort «Perro».

En Colección ASES DEL OESTE:

502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

633. — ¡Pistoleros, alerta!

En Colección COLORADO:

637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

563. — La muerte deja su tarjeta.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

165. — Lo siento, compañera.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78. — Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

15. — Un «Colt», una mujer y un diablo.

CAPÍTULO PRIMERO

«... Y SI NO PAGA ANTES DE QUINCE DÍAS los recibos atrasados, sentiremos mucho tener que depositar su vehículo en la calle, reservándonos las acciones judiciales pertinentes para intentar cobrar nuestro crédito contra usted. Está avisado. Muy atentamente: Johnson y Compañía.»

El papelito estaba en el parabrisas del «Pontiac» de tercera mano, cuando Kenton fue a recogerlo en el garaje subterráneo de la Calle Cincuenta y Dos donde lo tenía depositado. Tenía el aspecto de una multa, pero era mucho peor que una multa. El joven lo recogió, lo leyó dos veces y lo guardó en uno de sus bolsillos con gesto pesimista.

Hacía dos días que a su coche no le quitaban ni el polvo.

Era una mala señal.

Kenton se puso al volante y rodó a poca velocidad hacia la Avenida Ocho. No había apenas tráfico al ser domingo por la mañana. La gente holgazaneaba en los parques o se reunía en pequeños grupos en las esquinas. Bastantes negros que habían bajado desde Harlem paseaban lánguidamente, sin saber qué hacer, por entre las hileras de coches aparcados. Los policías, altos como castillos, hacían su primera ronda y miraban de soslayo, aunque en el fondo con gesto de aburrimiento, las curvas de las chicas.

El «Pontiac» se detuvo ante el pequeño establecimiento donde Kenton desayunaba todas las mañanas. Era uno de esos típicos locales de Nueva York con una pequeña barra y unos taburetes, donde sólo se despachaban helados, zumos de fruta, leche, café y donuts. Cintia, la hermosa camarera portorriqueña, le saludó como

todos los días, aunque con gesto preocupado.

—Hola, señor Kenton. ¿Lo de siempre?

—Sí, Cintia, por favor.

El joven desplegó el periódico mientras le servían un zumo de naranja, un café y una pasta. Los titulares, aunque con ligeras variantes, venían a decir lo mismo de los días anteriores: «Egipto puede encontrarse ante una crisis de armamento al renunciar a la ayuda soviética. Es posible que Sadat busque un arreglo o un sistema de coexistencia con Israel».

Cintia le pasó una notita por encima del periódico.

—Tome. Crea que lo siento... Es del dueño.

Kenton la leyó: «Si no paga todos los atrasos, sentiremos no poder darle más crédito en este establecimiento. Mañana venga con el dinero o no vuelva. Saludos. Harvester».

Kenton guardó la nota y sonrió a Cintia como diciéndole: «Tú no tienes la culpa, muchacha».

Pero cuando salió de allí, era como un perro que se bate en retirada para no recibir una lluvia de piedras. Sabía que le iba a ser muy difícil volver.

Contempló sus zapatos mientras andaba.

Ya le iba a ser necesario cambiarlos. Llevaban encima demasiadas millas, después de patear y patear las calles de Nueva York, haciendo humildes informes comerciales o pesquisas sin importancia. Pero no tenía dinero ni para eso.

John Kenton, a los veintinueve años, con su planta de atleta, con su poderosa musculatura y su mirada penetrante, era sin embargo, la viva imagen de la derrota.

Por eso resultó tan extraño que se detuviera a mirar aquel «Lincoln Continental» recién estrenado, aquel maravilloso palacio rodante que acababa de detenerse en la esquina de la Calle Cincuenta. Kenton pensó que le habían cambiado el tipo de neumáticos y que seguramente el cambio de marchas, dada su posición, resultaría más suave que en los modelos anteriores.

¿Pero por qué lo pensó? ¿Por qué se fijó en esos detalles casi técnicos?

Él no había tenido nunca un «Lincoln Continental» ni había recibido catálogos de la marca.

El dueño dio la vuelta al coche. Tenía pinta de tendero

enriquecido. Quería lucir su bólido aquel domingo por la mañana y le estaba sacando brillo a la carrocería con una gamuza.

Le molestó que Kenton mirara su flamante adquisición con tanta insistencia.

—¿Qué, amigo? —masculló—. ¿Le gusta? ¡Pues comprese uno y no gaste el mío con los ojos, qué cuerno!

Kenton se retiró.

Otra vez tenía la vergonzosa sensación de ser un perro que pide un poco de amistad y al que acaban de recibir a pedradas.

¿Pero por qué había mirado precisamente el «Lincoln Continental» y no otros coches igual de flamantes? ¿Qué diablos le recordaba aquello?

Movió la cabeza.

Se sentía cansado de deambular por Nueva York. Se sentía cansado de todo.

Y le atormentaba aquella estúpida manía de recordar pedazos de cosas que no habían existido. Se estaba volviendo un visionario. Quizá las preocupaciones le habían ablandado de tal modo el cerebro que estaba en esa situación flotante, en esa situación neblinosa del ciudadano corriente que, sin embargo, se halla a dos pasos de la clínica mental.

Cruzó la calle.

«¡VIVA EL PRESIDENTE! ¡VIVA LA CONSTITUCIÓN! ¡VIVAN LAS FUERZAS ARMADAS Y LA DEFENSA NACIONAL!»

El joven se detuvo de pronto. Ahora no se trataba de un sueño. Lo había oído perfectamente.

Ante él desfilaban las banderitas de aquella república centroamericana, ante él desfilaban las caras gozosas de la multitud, enmarcada por el brillo de las bayonetas de la Guardia Nacional, que cubría la carrera. Por delante de sus ojos pasaban los pequeños edificios de dos pisos, todos engalanados y pintados de blanco. Desfilaban las alegres palmeras tropicales a cuya copa se habían subido los niños para ver mejor. Si movía un poco la cabeza veía delante de él el potente morro del «Lincoln Continental» descapotable que enfilaba a poca velocidad la ancha avenida.

¿«Lincoln Continental»?

¿Por qué precisamente ése?

¿Como el que había visto poco antes?

Estaba detenido en el centro de la calle y no se daba cuenta absolutamente de nada, porque los gritos entusiastas de la multitud le aturdían por completo. De pronto el chirrido espantoso de los frenos le hizo volver a la realidad.

Vio la ancha calzada desierta.

Nada de multitudes. Ni de banderitas. Ni de palmeras con niños. Sólo las casas hoscas, simétricas, con sus escaleras de incendios, de aquella parte vieja de Manhattan.

Del coche que había estado a punto de arrollarle, frenando a tiempo, salió una congestionada cabeza.

—¡Eh, bestia! ¿Pero quién le ha enseñado a pararse en el centro de la calle como un fantoche? ¡Menos mal que me han funcionado bien los frenos, burro! ¿Qué quiere? ¿Que le maten?

Kenton cerró y abrió los ojos varias veces, como el que despierta de un sueño.

—Déjalo —dijo la esposa del conductor, asomando también el rostro por la ventanilla—. Está borracho.

—¡Los sábados por la noche tendrían que prohibirlos! —gritó el que estaba al volante antes de seguir—. ¡Luego a esos bestias la resaca les dura toda la semana!

John Kenton subió a la acera con paso vacilante. No estaba borracho, pues sólo había bebido un zumo de naranja y una taza de café. Pero reconocía que a veces parecía como si lo estuviese.

Entró mecánicamente en una de las casas.

Tercer piso.

Una puerta marrón.

Una chica.

—Hola, John...

Ella se acababa de levantar. Llevaba todavía un salto de cama que apenas tapaba nada. Sus cabellos eran hermosos, pero se los había teñido demasiadas veces y estaban algo quemados. Su piel preciosa quizá necesitaba un poco de sol, porque estaba demasiado blanca. Un pequeño lunar morado aparecía junto a su hombro izquierdo.

Ella fue en busca de un vaso de whisky. Se puso a hablar como una ametralladora.

—Y anoche vino ese perro de Robert... Sí, ya sé que me dirás que por qué no me lo quito de encima, pero es que no puedo... ¡No

puedo!... Al fin y al cabo él paga el alquiler de este apartamento, ¿no? Y en el fondo le quiero, John... ¡Si no fuera tan bruto! ¡Mira lo que me hizo! ¡Mira! ¡Mira!

Le señalaba no sólo el morado en el hombro, sino dos más en las piernas. Por lo visto las caricias del tal Robert eran algo más que fastidiosas. La mujer continuó:

—Sí, ya sé lo que me dirás: «Tú tienes la culpa». Y yo sé que la tengo, John. ¡Claro que la tengo! Cuando fui a verte a tu despacho te dije: «Dele una paliza a ese marrano para que me deje en paz». Y tú se la diste. Tú cumpliste con tu obligación, John Kenton. Pero él ha vuelto. No me deja en paz. ¡Te juro que no me deja!

John Kenton bebió pensativamente un sorbo de whisky.

—Quizá será porque cuando él te pide una cita por teléfono tú se la das —musitó.

—Sí, ya sé... ¡Pero es que necesito que alguien siga pagando este apartamento!

—Le engañas con otros. Que paguen los otros —dijo tranquilamente él.

—¡Oh, John...! ¿Es que no lo comprendes? ¡Los otros son chicos guapos como tú a los que sería un pecado cobrarles dinero encima! ¿Quieres más whisky? ¿Te parezco bien así? ¿Me visto de otra manera?

Él negó con la cabeza.

—Estás perfectamente así, Carol, pero no he venido para eso.

—Oh... ¿Entonces para qué? ¿Sólo para oírme hablar de Robert, un empleado de Banco que hace pequeños desfalcos y que hasta que le descubran puede mantener una querida?

Él negó con la cabeza mientras trataba de sonreír.

Pero no podía hacerlo. No podía. ¡No podía!

Carol, una chica simpática al fin y al cabo, era la imagen viva de su propia degradación. Hasta el momento en que recibió su visita, John Kenton había sido un detective privado que se moría de hambre, pero que mantenía su propia dignidad. Después de Carol, las cosas cambiaron. Aceptó por un puñado de dólares el encargo de partirle la boca a Robert, el vicioso que la mantenía pero al mismo tiempo la apaleaba. Le partió la cara a Robert, es decir se transformó en un matón de barrio. Pero las cosas no se arreglaron porque la propia Carol las complicaba recibiendo otra vez a su

amiguito. La muchacha le dio el prometido puñado de dólares pero al mismo tiempo, como era agradecida, le pagó también con favores personales. Y seguía pagándole con favores personales cada vez que le encargaba misiones miserables, como por ejemplo cobrar facturas atrasadas o asustar a tipejos que la perseguían por las esquinas sin intención de dejarle ni un dólar en el bolso.

—Me miras con odio —dijo Carol como si hubiera adivinado sus pensamientos—. ¿Qué pasa? ¿Quizá piensas que he arruinado tu brillante carrera?

—No, Carol. Cuando tú viniste me moría de hambre y hubiera acabado siendo igualmente un matón de barrio. Al fin y al cabo, ¿qué más da?

Ella se acercó mimosa.

—Hala, pichón, no te atormentes con pensamientos idiotas. Es domingo por la mañana. ¿Y qué hace la gente honrada los domingos por la mañana, excepto concebir hijos para que vayan al Vietnam? Bueno, lo de los hijos es una broma.

Kenton dejó el vaso de whisky. Se puso en pie y rechazó con suavidad la caricia felina de la chica.

Ella aún olía a Robert y a las letras de cambio falsificadas con las que pagaba las facturas del apartamento.

Pero no la rechazó por eso.

Era porque se sentía tan cansado como si todo el día hubiera llevado sobre la cabeza una losa de plomo.

—Gracias, Carol —dijo—. Si he venido aquí es porque siempre me animas con tu sonrisa. Me siento muy desanimado, ¿sabes? Pero, en fin, dejémoslo.

Fue hacia la puerta.

Hacía viento en el rellano. El fino salto de cama de Carol flotaba como si fuera una nube de gasa.

—TE TRAIGO ESTO PARA QUE PUEDAS ESCAPAR. ES UNA PISTOLA CON EL CARGADOR COMPLETO. PERO ÚSALA CON CUIDADO. CON CUIDADO. CON CUI... ¡AAAAAAH!...

Kenton tendió los brazos instintivamente como si fuera a recoger un cuerpo que caía.

Carol le miró desde arriba, desde la parte superior de los peldaños, como una alucinada.

—¿Pero qué te pasa, John?

—¿Qué... qué me pasa?

—Has hecho un gesto como si fueras a recoger mi cuerpo. Como si yo estuviese cayendo por las escaleras...

Él tenía los ojos abiertos, pero apenas la veía. Veía en su lugar a la muchacha árabe cuyas ropas anchas y blancas también parecían flotar como una nube de gasa.

Veía aquellas ropas manchadas de sangre mientras la chica caía, caía, caía...

Tuvo que sujetarse a la barandilla.

Estaba a punto de caer él también.

Pero cuando se recobró de aquella especie de alucinación, vio la sórdida realidad tal como la había visto cuando estuvo a punto de ser atropellado en la calle. La escalera más bien modesta y con algunos desconchados; los peldaños gastados; la cortesana de poca monta cuyos encantos se estaban marchitando rápidamente porque no se cuidaba... ¡Y aquél era su mundo!

¿Por qué imaginaba todos aquellos absurdos? ¿Por qué?

Carol musitó:

—¿De verdad no necesitas un trago más de whisky?

—No, no... Gracias.

—Oye...

—¿Qué, Carol?

—¿Qué ha sido de aquel tipo que te seguía hace dos noches? De aquel que llevaba la corbata con una flor roja.

Kenton se estremeció.

—¿Por qué preguntas eso? —dijo

—No sé... Me pareció que era un peligro para ti. Yo diría que era un árabe, y a mí los árabes no me gustan.

—No le he vuelto a ver —dijo Kenton—. Ni me acordaba ya del detalle de la corbata con una flor roja.

Y salió de nuevo a la calle.

Hacía un magnífico sol.

Nueva York, los domingos por la mañana, es una ciudad deliciosa, es una ciudad maravillosamente tranquila y limpia. Daba gusto pasear por ella mientras uno imaginaba que todo iba bien, que no había problemas, que las cosas se arreglarían...

Vio el papelito que asomaba por debajo de la puerta, en el umbral de su despacho. Lo recogió y lo desdobló para leerlo.

«Debe ya tres meses de alquiler. Su despacho está en un magnífico sitio y los muebles son de buena calidad, de modo que hay docenas de aspirantes para ocuparlo. Por tanto, pague antes de una semana o deberá desocuparlo. Es el último aviso.»

De modo que los problemas se arreglarían...

John Kenton hizo girar el llavín en la cerradura y entró en el despacho. Era verdad que estaba en un magnífico sitio, pese a lo cual no podía decirse que los clientes hubieran llovido hasta entonces. La sala de espera no se había utilizado jamás porque jamás hubo necesidad de que nadie aguardara turno. Las revistas que nadie tocaba se iban apolillando.

El joven miró con desesperanza los asuntos pendientes.

Dos cobros de facturas atrasadas, que nunca podría cobrar porque el deudor era un mangante que había huido de la ciudad. La vigilancia de un menor que parecía tener aficiones homosexuales. Un informe comercial sobre el socio de una perfumería. Y pesquisas sobre una sirvienta negra que, según la patrona de la pensión en que trabajaba, se entendía con los huéspedes cuando ella iba de compras.

Miseria y suciedad. Suciedad y miseria de las que poco a poco van envolviendo a los fracasados de la gran Nueva York sin entrañas.

Miró su título colgado de la pared: «Detective privado para ejercer en Nueva York, Nueva Jersey y Connecticut».

Total, concedido un año antes. Total, miseria. Total, fracaso.

Abrió el gran armario metálico que había en el despacho y donde normalmente hubieran debido guardarse los archivadores.

El cadáver casi cayó sobre él.

Estaba tan apoyado en las puertas que parecía mentira que éstas no hubieran cedido. John Kenton lo empujó de nuevo y lo colocó de manera que no hubiera peligro de que cayese.

Sus facciones estaban inalterables.

El muerto llevaba un traje azul y una llamativa corbata con una flor roja. Era verdad que se trataba de un árabe. Carol no se había equivocado en eso, a pesar de haberlo visto sólo una vez.

Kenton olisqueó el aire.

El árabe, al que había estrangulado con sus manos y llevaba más de veinticuatro horas muerto, empezaba a ofrecer desagradables

síntomas de descomposición. No podría tenerlo demasiado tiempo allí. Como máximo doce horas más, y eso tirando a optimista.

Kenton fue a cerrar tranquilamente.

De pronto todos sus músculos se tensaron.

Había alguien detrás de él.

Alguien que le estaba mirando...

CAPÍTULO II

LA MUJER QUE SE HALLABA EN EL CENTRO DEL DESPACHO vestía con elegancia, pero sin afectación. John Kenton, que entendía de señoras, le calculó unos veinticinco años. Era morena y tenía los ojos claros. Sus curvas, jóvenes y bien pronunciadas, indicaban que era una falsa delgada, una de esas mujeres que, si están bien «terminadas», suelen resumir en sí mismas el canon de la belleza.

Todo el cuerpo del detective se tensó aún más mientras cerraba las puertas con un movimiento que quería ser tranquilo. Tuvo la sensación de que, por fuerza, la mujer habría visto el cadáver. Pero su rostro impasible, absolutamente tranquilo, indicaba todo lo contrario.

Seguramente John Kenton lo tapaba con su cuerpo. Menos mal. Un poco más de visibilidad y...

—¿Quién es usted? —preguntó cuando el armario estuvo cerrado—. ¿Cómo ha entrado aquí?

—La puerta estaba abierta y le he visto desde la antesala. Por eso me he permitido...

—¿Cómo se llama?

—Gloria Basser.

—Gloria Basser... No tiene usted pinta de vivir por aquí. Seguro que no es del barrio.

—¿Es que sólo recibe usted a clientes del barrio?

—Generalmente sí. Mi fortuna y mi prestigio no llegan para atraer clientes de sitios más distinguidos.

Ella sonrió débilmente.

En sus ojos palpitaba como una chispa de desprecio, pero

enseguida supo disimularla.

—¿Puedo sentarme?

—Naturalmente que sí, a menos que venga a cobrar una factura.

—No parece tener usted mucha suerte con su profesión, señor Kenton.

—Oh, las cosas van a rachas. Pero reconozco que no me voy a hacer millonario, y la gente lo sabe. Siendo así, ¿por qué confía en mí? ¿Por qué no se marcha?

—Parece que tenga ganas de echarme, señor Kenton.

Era verdad. Kenton quería echarla. Tenía miedo de que el tenue olorcillo del cadáver comenzara a filtrarse al exterior, desde el cerrado armario metálico.

Pero la chica ya se había sentado y le miraba fijamente. Había que ver las piernas tan preciosas que lucía aquella chica. Había que ver qué zapatos de alta calidad. Qué medias de buen precio. Qué tela la de la falda, comprada en una boutique de lujo.

—Si no es del barrio —murmuró él—. ¿Qué quiere?

Ella dijo con toda frescura:

—Creo que estoy embarazada.

John Kenton entornó los párpados sin inmutarse. Había oído bastantes confesiones así. Las chicas ya no se asustaban de nada. Venían, se sentaban en aquel mismo sillón y le decían: «Creo que estoy embarazada». Y se quedaban tan tranquilas.

—Lo siento —dijo el detective con voz suave—. Yo no hago abortos.

—No se trata de eso.

—Tampoco conozco a ningún médico que los haga. Meta el pico en otra jaula, palomita.

—Veo que me ha entendido mal.

—¿Pues qué quiere?

—Usted tiene fama de matón —soltó tranquilamente ella.

John Kenton se sintió tan avergonzado como si le hubieran escupido a la cara, pero trató de disimularlo. Un matón... He aquí que él, un universitario, había acabado en eso. Un matón de barrio. Ahora comprendía perfectamente bien lo que quería la chica.

—Hace un mes tuve un caso parecido —dijo—, pero al final la fulana no me pagó. Era una santita que ya rondaba por los seis meses de preocupaciones cuando me pidió que le diera una paliza al

papá de la criatura. Orden: casarse con ella. Le dejé la cara morada y el tío se casó. Fue un éxito.

—¿Y por qué no le pagó ella?

—Vino a mi despacho y me dijo: «Hay que ver lo bestia que es usted. Le denunciaré a la policía. ¡Mira que pegarle a mi marido!»...

La mujer rio.

Pero la suya fue una risa cansada, más bien triste.

Kenton se preguntó cuántos meses de preocupaciones llevaría auestas aquella otra santita, aunque la verdad era qué no se le notaba nada.

—Si es eso lo que quiere —murmuró—, si lo que desea es que convenza a golpes al galán para que se case «libremente» con usted, deberá pagarme por adelantado

—No tiene mucha moral, ¿eh?

—Ya no tengo ninguna.

—Es extraño. Ahí, en el diploma, dice: «Mención especial de capacidad e inteligencia».

—La inteligencia no es gran cosa si uno no sabe emplearla bien, y yo no he sabido emplearla nunca. Lo cual debe significar que, en el fondo, soy bastante burro. Bueno, ¿qué? ¿Hace o no hace? Son cien dólares por sesión, las dos primeras. A partir de la tercera aumento cincuenta pavos por fiesta, ya que eso demostraría que el galán es un tipo duro. Y las palizas, en esas condiciones, ya deben ser de sala de urgencias.

Ella movió afirmativamente la cabeza.

—Todo me parece bien, señor Kenton, pero a ese hombre no deberá pegarle para que se case conmigo, sino para que me deje.

Él se sorprendió. La verdad era que la gente de su barrio solía pensar de otra manera.

—¿Para que la deje?... ¿No quiere casarse después de lo que han hecho los dos?

—Él es un canalla que aspira a mi dinero y por eso me ha engañado. El hecho de que haya sido tonta una vez no significa que haya de serlo durante toda la vida y mantener a ese zángano. ¿Usted no me conoce?

—No. ¿De modo que tiene dinero?...

Ella sacó de su bolso un folleto de propaganda. Estaba magníficamente editado e iba dirigido a una clientela de primera

calidad. Anunciaba la existencia de la Compañía Basser, entidad dedicada a la financiación de compras inmobiliarias y a la inversión de valores. Las fotografías que ofrecía el folleto de las oficinas de la Compañía mostraban unos planos literalmente sensacionales. Y estaban situadas en el mejor sitio de Madison Avenue, en el sector más «in» de la vida capitalista neoyorquina, en la famosa Avenida de Cristal.

—¿Usted se llama Gloria Basser? —murmuró él—. Por lo tanto es la dueña.

—El dueño es mi padre, que fue durante muchos años apoderado general del Manhattan Chase. Pero yo soy la única heredera. ¿Qué le parece?

—¿Quiere que le diga la verdad, Gloria?

—Naturalmente. Dígala.

—Aquí huelo millones.

—También los ha olido ese rufián —dijo ella, sin inmutarse—, y por eso quiere casarse conmigo después de dejarme la marca de fábrica. Pero, sabiendo que es un granuja, no estoy dispuesta a aceptar.

—¿Quiere que le diga otra cosa, Gloria?

—Dígala.

—Usted es una golfa.

Pensó que la otra se ofendería, pero no se ofendió. Quería quitársela de encima porque no deseaba aceptar más encargos indignos como aquél, pero no llevaba camino de lograrlo.

—¿Por qué soy una golfa? —preguntó tranquilamente la presunta millonaria.

—Porque si una chica se entrega es pensando en casarse. Las que piensan en otra cosa, tienen un nombrecito muy particular.

—Mi idea era casarme —dijo ella sin que su rostro se alterara—, pero no me enteré hasta más tarde de la clase de cerdo que había tenido en mis brazos y de las intenciones que le movían. Y basta ya de decir sandeces, perro.

La entrevista se había planteado al fin en los términos vulgares en que se planteaban siempre. Era el sucio terreno que estaba acostumbrado a pisar Kenton. De modo que éste pensó que ya no importaba un maldito encargo más y hundió la cabeza.

—Ha venido aquí porque no le conviene moverse en su

ambiente, ¿verdad? —preguntó—. En Madison Avenue también hay matones, pero la gente «in» podría enterarse del mejunje y a usted no le conviene. Por eso ha descendido hasta los barrios más bajos, ha venido al parque de las fieras. Le interesaba un matón de barrio y lo ha encontrado. Bien... ¿Quién es el pájaro? ¿Dónde puedo dar con él?

Ella le mostró una foto.

Era la de un hombre joven, moreno, de cabellos ondulados, ojos brillantes y aspecto latino. O quizá no fuera latino. Fijándose mejor en él, uno se daba cuenta de que podía ser norteafricano.

—¿Nombre? —preguntó.

—Su pasaporte está a nombre de Joseph Fizzian.

—¿Marroquí?

—No. Es libio.

—Por su aspecto imaginaba algo así. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Tiene un bar en la Avenida Doce, a la altura de la Calle Cuarenta. Es un sitio bueno que está en un mal sitio. Gente con smoking que quiere cambiar de ambiente y encontrar una chica distinta, se deja a veces caer por allí. ¿Me entiende? Un bar estupendo en una pocilga. El negocio no figura a nombre de Fizzian y por eso no me he enterado de que lo tenía hasta hace poco. Pero es suyo.

Kenton arqueó una ceja.

—¿Hay matones por allí?

—Puede que los haya.

—Bien —dijo él encogiéndose de hombros.

Ella le miró con sorpresa.

—¿No pregunta nada más? ¿No quiere saber si Joseph Fizzian va armado? Tiene usted que estar muy muerto de hambre para aceptar un encargo así sin hacer más preguntas.

Kenton no contestó.

Se limitó a enviarle por el aire tres bolitas hechas con los tres papeles de bienvenida que había recibido aquella misma mañana.

Ella deshizo las bolitas y leyó atentamente.

—Vaya... Lo siento —dijo con voz hueca—. No creí que la cosa fuera tan grave.

—Lo es. No me gusta engañar a los clientes.

—Está bien. Tome cien dólares adelantados a cuenta de la

primera paliza.

Él los aceptó sin rubor.

Sabía que por aquellas actividades al margen de la ley podían retirarle la licencia.

¿Pero no atiza también la policía? ¿Y los federales? ¿Y no atiza sobre todo la Mafia?

La tranquilidad y la felicidad ciudadanas de un sitio como Nueva York, ¿no están fundadas en la ley del «trancazo»?

Chascó dos dedos y dijo:

—Adiós, muñeca.

La empujó hacia la puerta dándole un cachetito en una parte muy carnosa y muy saliente de la estupenda anatomía femenina. Como imaginaba, ella se revolvió.

—Déjeme, cerdo.

—Ya que me ha contratado para mover las manos, pensé que a usted le interesaría saber si las tengo lo bastante duras.

—La que tiene dura es la cara.

—Eso pasa por visitar los domingos por la mañana el parque de las fieras, muñeca. Hala, adiós.

Ella salió cerrando de un portazo.

John Kenton miró los billetes.

Bueno, no podía quejarse. Al menos tenía para pagar las deudas más agobiantes.

Claro que tenía también un cadáver en el armario, un cadáver que empezaba a oler ya a «Chanel número cinco».

Y ése era el principal problema para él.

CAPÍTULO III

TOMÓ A MEDIANOCHE SU VIEJO «PONTIAC» Y SE DIRIGIÓ A JONES BEACH, en uno de los extremos más solitarios de Long Island, allí donde por las noches sólo hay algún pescador despistado y algún Romeo más despistado todavía que espera tirarle de las trenzas a su Julieta debajo de una barca. Pero como llovía y hacía un tiempo de perros, lo más fácil era que ni pescadores ni Romeos se dedicaran a las tareas propias de su sexo. Todos debían estar viendo la televisión y tomando una taza de ponche caliente.

Salió de Manhattan por el túnel de Queens, llevando al muerto en el portaequipajes, y se dirigió por la carretera 495 a la Long Island Expressway. Desde allí, al llegar a la población de Jericho, descendió hasta la Wantach State, y doblando a la derecha se encontró en las playas desiertas e inmensas de Ocean Parkway.

Era un buen sitio para deshacerse de un fiambre.

Lo enterraría en la arena, a una cierta profundidad, ahora que la marea estaba baja.

Luego las aguas cubrirían aquella zona de arena.

La volverían a descubrir.

Pero en ese sitio, en esa arena, no hurgaría jamás nadie.

Dejó el coche muy cerca con los faros apagados y manejó la pala que había traído exprofeso. La arena estaba dura, pero él era fuerte como un toro. Al cabo de media hora sudaba a pesar del viento fresco del mar. Se estaba empapando. Consiguió abrir una respetable fosa y metió en ella al muerto después de despojarle de todo lo que le pudiera identificar, desde los documentos a las etiquetas de los sastres, pasando por los gemelos, el dinero y la

corbata. Luego respiró hondamente mientras se acordaba de todos los antepasados de aquel tío que le había dado tanto trabajo.

No es que los sentimientos de Kenton fueran lo que se dice muy caritativos.

Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con el fiambre menos rezar una oración por su alma.

Al fin lo cubrió, alisó la arena y dejó que la marea, al subir, hiciera el resto. Todo quedaría perfectamente igualado y nadie notaría nada. Se secó entonces la cara.

Los objetos personales del muerto formaban un montoncito en su mano derecha.

Sobre todo la corbata con la flor roja.

La corbata con la flor roja.

La corbata con la flor roja...

—PRIMERO LO HARÁS TU; AHMED... PRIMERO LO HARÁS TU Y DEJARÁS QUE ÉL LO VEA... QUIERO QUE SUFRA... QUIERO QUE SE DE CUENTA... PON LA CHICA AHÍ... BONITA MUÑECA, PRECIOSA DE VERDAD... AHÍ... TIENE QUE VERLO MEJOR... ¡Y HORA...! ¡GOLPÉALA! ¡EMPIEZA!...

La mano derecha de John Kenton se puso a temblar.

Ahora no era como la gran avenida de una capital centroamericana, el día de la proclamación del nuevo presidente. Ahora no había palmeras, ni luces, ni chiquillos gozosos. Ahora todo era sórdido, cruel y espantosamente pútrido.

John Kenton sentía vértigo.

Veía a la muchacha.

Oía los golpes y las carcajadas brutales.

Cielo santo... ¿Por qué? ¿POR QUÉ?...

De pronto le iluminó aquel disco de luz.

—¡Eh, usted!

Kenton se volvió y notó que el disco de luz le cegaba al darle en los ojos. Instantáneamente se sintió perdido.

El que se acercaba a él debía ser uno de los guardianes de Jones Beach. Había estado tanto rato parado allí que por fuerza tuvo que coincidir con alguna ronda rutinaria. Le habían visto.

El cerebro de John Kenton trabajó a la presión de un volcán.

Por todos los infiernos... Ahora sí que estaba perdido. No había ni rastro del cadáver, que ya estaba sepultado, pero si el guardián

sospechaba lo más mínimo haría abrir un hueco en la arena a la mañana siguiente. Algunos contrabandistas enterraban así la «mercancía» en las playas solitarias. Y también los tratantes en drogas. Lo que pasaba era que al día siguiente, en lugar de encontrar cigarros habanos o marihuana, encontrarían un asqueroso «fiambre».

El guardián se detuvo a cierta distancia.

Conocía su oficio, el muy buitre.

Debía apuntarle con una pistola y encima le estaba deslumbrando. Kenton no tenía la menor posibilidad de saltar sobre él y desarmarle, porque el otro no se acercaba.

Se maldijo a sí mismo.

¿Cómo había sido tan idiota? ¿Cómo no se había largado antes?

Todo por entretenerse mirando la maldita corbata...

El guardián masculló:

—Ponga las manos en alto. Camine.

—¿Hacia usted?

—No. Como se acerque a mí disparo. Vaya recto hacia la derecha.

—Oiga, yo no hacía nada malo...

—Eso se lo contará al inspector.

—Aguardaba a una chica...

—La «chica» debe ser el cargamento de LSD que usted ha sepultado en la arena. ¡Vamos, camine! ¡Y mañana, cuando vuelva a bajar la marea, veremos qué es lo que tiene debajo de los pies, so cerdo!

Kenton sintió que se le contraía la garganta.

Estaba perdido.

No tendría la menor posibilidad de salir con bien de allí si no intentaba algo desesperado.

El guardián debió notarlo. Comprendió que Kenton iba a pasar a la acción.

Y masculló:

—¡Quieto! ¡Quieto o disparo!

El joven fue a saltar de todos modos. Y en aquel momento el grito lacerante le llegó hasta el fondo del cerebro.

Se detuvo en seco.

No lo comprendía.

Él no había hecho nada al guardián. No había llegado a acercarse a él. Y sin embargo, el guardián yacía ahora muerto, de bruces en la arena. La linterna había caído de tal modo que alumbraba grotescamente su cabeza, en la que se dibujaba un orificio redondo. Le habían dado en la nuca con una pistola con silenciador, y además desde poca distancia.

John Kenton no entendía nada.

Pero pensó angustiosamente: «Ahora me dan a mí... Ahora me dan a mí y no puedo defenderme de ninguna manera...»

Sin embargo no le dieron.

No ocurrió absolutamente nada, por absurdo que pareciese. En realidad lo que habían hecho era ayudarlo, librándole de un guardián que podía haberle conducido a la cárcel para toda la vida.

Le habían ayudado... ¿pero quién?

El ruido del motor de un coche sacó a Kenton de sus pensamientos. Dio un salto hacia delante, a tiempo de ver una masa oscura que se deslizaba por la dura arena en dirección a State Park.

Era un coche con las luces apagadas. Por la forma le pareció un «Ford Capri», pero no estaba seguro. Corrió hacia allí y sólo distinguió una especie de silueta que se perdía para siempre en la oscuridad.

John Kenton se sujetó la cabeza.

Todo zumbaba en ella. Era como un motor con las piezas mal encajadas y que funciona a saltos. A veces tenía la sensación de que iba a volverse completamente loco.

Cayó de rodillas sobre la arena solitaria mientras intentaba serenarse.

No sabía lo que le pasaba.

Pero poco a poco una especie de instinto de conservación se impuso en él. Si seguía pensando enloquecería del todo, de manera que lo mejor era no pensar. Tenía que averiguar quién era el que le había ayudado tan misteriosamente, pero fijándose sólo en los detalles técnicos.

En primer lugar el modelo del coche. Podía ser un «Ford Capri». Ya era algo.

Luego estaban las huellas de los neumáticos.

Valiéndose de la linterna del guardián, y a pesar de que podían verle, Kenton examinó aquellas huellas. Por supuesto, sujetó la

linterna con el pañuelo para no dejar ninguna marca.

Él no era malo como detective privado, a pesar de tener trabajos de tan poca monta. Había sido el número uno de los que obtuvieron el título en su promoción, y a veces parecía como si las cosas las supiera antes, como si surgieran del fondo de su conciencia, sin haberlas estudiado apenas. Por lo tanto estaba muy capacitado para sacar conclusiones de las simples huellas de unos neumáticos.

Por otra parte, en la arena habían quedado tan perfectamente grabadas como en un molde.

Observó que los neumáticos estaban más desgastados por un lado que por otro, lo cual indicaba que no se había hecho correctamente el cruce de ruedas. Y observó también que uno de ellos, el posterior izquierdo, se encontraba en mal estado, a causa de su notable desgaste. Tenía incluso una pequeñísima brecha que, sin embargo, había quedado marcada.

El joven arrojó la linterna bien lejos.

Tenía que darse prisa, porque la policía iniciaría las investigaciones a la mañana siguiente y guiándose por el mismo dato que él, es decir las ruedas. También se guiarían por la bala alojada en la cabeza del guardián, pero eso era algo que a Kenton no le afectaba ahora. Su ventaja radicaba en que iba unas horas por delante de la policía y en que se libraba de todas esas rutinas en que ésta inevitablemente, incurre y que le hacen perder tanto tiempo.

Se alegró de no haber dejado su coche en un sitio donde las ruedas quedaran marcadas. De todos modos, cuando lo arrancó y lo puso sobre el cemento, volvió atrás a pie y, con su propia americana, fue sacudiendo la arena hasta no dejar ninguna huella.

Inició entonces su largo peregrinaje por todas las estaciones de servicio de Long Island.

Sabía que era como buscar una aguja en un pajar.

Y que los cien dólares se le irían al diablo pronto.

En cada estación de servicio de las que estaban abiertas toda la noche, dio dos dólares y preguntó si un «Ford Capri» había llenado el surtidor allí o al menos lo habían visto pasar. Resultó, ya casi al amanecer, que en una de las gasolineras lo habían atendido. Los ocupantes compraron una rueda y se la hicieron colocar en el lado posterior izquierdo porque la que llevaban acababa de pincharse.

Kenton suspiró.

Al fin tenía una pista. Algo era algo.

—¿Dejaron la rueda? — musitó.

—Sí, claro. Dejaron el neumático aquí. Al fin y al cabo no servía para nada...

Dos dólares más untando la mano del empleado.

—¿Puedo verlo?

—Por mí, como si quiere comérselo...

Kenton examinó el neumático. Estaba exactamente como él imaginó, con un notable desgaste e incluso una pequeña brecha en la goma, por la que acabó de pincharse. La cámara, sin embargo, debía haber sido reparada o cambiada poco antes, porque en un lado del neumático aún existía una pequeña anotación hecha en tiza como las que se suelen poner cuando un cliente deja una rueda, en un taller, a fin de reconocerla más tarde.

Kenton apretó los labios.

No había esperado tener tanta suerte.

Cierto que una inscripción casi borrada servía de bien poco, pero él supo encontrar una particularidad. Aquello había sido escrito por un hombre que no era americano.

En efecto, allí decía «WILH».

Escrito «WILL» podía haber sido la abreviatura de «WILLIAM».

Escrito «WILH» podía ser la abreviatura de «WILHELM».

Es decir, lo mismo, pero en alemán.

Algún inmigrante que aún se entendía mejor en su propio idioma, había hecho aquella anotación cuando los ocupantes del «Ford Capri» dejaron el neumático con ánimo de seguir aprovechándolo.

Era un buen dato.

A las ocho de la mañana, Kenton inició su largo peregrinaje por todas las casas que arreglan neumáticos en el Gran Nueva York, o sea en todos sus distritos. Se sirvió de una guía automovilística y fue tachando. Hacia las once, descubrió cerca de Hamilton Parway, en Brooklyn, un pequeño taller de reparación de pinchazos cuyo aprendiz era alemán.

El joven dejó su rueda de recambio para que se la revisasen porque creía tener mal la válvula, y dijo que vendría a buscarla por la tarde. El aprendiz hizo en la goma una señal con tiza.

Era la misma letra.

Kenton musitó:

—Vosotros tenéis un cliente que es el señor Wilhelm, ¿verdad?

—¿Quién?

—El señor Wilhelm. Bueno, en realidad debe llamarse William. Es uno que quiso aprovechar hace poco hasta el límite un neumático de un «Ford Capri».

Y puso cinco dólares en la mano del aprendiz.

Este se rascó la cabeza.

—Sí —dijo—, se llama William. Lo que pasa es que como yo vine de Austria hace un año, todavía tengo la manía de escribir los nombres en alemán. Ha estado aquí un par de veces, pero no sé dónde vive.

—¿Ni idea? ¿Por qué no haces memoria?

Otros cinco dólares.

John Kenton estaba volviendo a hundirse en las simas más negras e insondables de la miseria. ¡Y eso que aún no había dado un paso para resolver lo de Gloria Basser!

—No sé qué le oí decir de un sitio entre el Hospital de Veteranos y Ocean Parkway —murmuró el aprendiz—. Ah, sí... Dejó la dirección para que le enviásemos la factura, porque me parece que es cliente fijo. Me parece que habló de algo así como Cotton Village.

Kenton arqueó una ceja.

No podía decirse que el asesino hubiera tomado demasiadas precauciones. Bueno, en realidad se había comportado como una persona normal, cosa que también era lógica. Pero había sido relativamente fácil llegar hasta él.

El detalle de una rueda en mal estado indicaba que no conocía demasiado bien el cochino oficio de matar a sus semejantes.

O tal vez no pensaba matar a nadie y por tanto no iba preparado. Tal vez mató forzado por las circunstancias y como quien dice por pura casualidad.

Kenton musitó:

—Gracias.

Y se dispuso a ir hacia Cotton Village.

Fue entonces, al volverse, cuando las vio. Cuando vio las piernas. A pesar de que estaban al otro lado de la calle, le llamaron tanto la atención por lo perfectas y lo bien adornadas que tuvo que entornar los párpados a fin de aguzar la visión. Y eso que él no

estaba ahora para historias. Pero es que dos piernas de esa categoría sólo se ven, como máximo, una vez al año.

Y porque también tuvo la sensación de que la muchacha le había estado siguiendo. El modo como subió a un taxi de repente, tratando de alejarse de allí, no le pareció normal en absoluto.

Había un detalle.

Los ojos de lince de John Kenton lo apreciaron.

El taxista no había puesto en marcha el taxímetro marcador al subir la chica. Eso indicaba que ya lo llevaba en marcha desde antes.

La chica le había estado siguiendo en el taxi, apeándose allí un momento para verle mejor. Tal vez para acercarse como una cliente cualquiera y oír lo que hablaba con el aprendiz.

De repente, al ver que él se volvía, había cambiado bruscamente de propósito.

El taxi se alejó.

Lástima que John Kenton sólo hubiera podido ver las piernas de la chica. Aunque eran de primerísima calidad, su cara le hubiera interesado bastante más.

Decidió dejar un poco de margen para no precipitar las cosas. Su experiencia le había dicho que todo en este mundo tiene que «madurar». En lugar de seguir a la muchacha, prefirió hacerse el despistado, dándole una falsa confianza, y dibujó un largo rodeo antes de dirigirse a la zona residencial que hay entre el Hospital de Veteranos y la ruta llamada Ocean Parkway, todo ello lindando con la zona de Brooklyn llamada Bahía Baja.

Detuvo el coche a cierta distancia para hacer las investigaciones a pie.

Y distinguió poco después Cotton Village.

Era una bonita jaula.

Una residencia que imitaba las casas coloniales del Sur, con altas columnas blancas, prado de hierba a su frente y hasta un pequeño lago artificial cuyas limpias aguas eran rozadas por dos sauces llorones. Para que no faltase nada, incluso en ellas flotaban dos cisnes.

Muy cerca de allí, alguien había instalado un carrito de hamburguesas.

El sitio no parecía muy a propósito, dado lo distinguido del

sector. Pero como por allí pasaban muchos visitantes del Hospital de Veteranos, el fulano del carrito vendía a ciertas horas lo que le daba la gana.

El joven fingió interesarse por los precios y quedó medio oculto tras el vehículo.

Lo hizo a tiempo.

El «Ford Capri» se acercaba.

Venía del fondo de la casa.

No podía distinguir a la persona que lo conducía porque el sol daba en el parabrisas y le arrancaba brillantes reflejos. Pero cuando el automóvil se detuvo y la portezuela se abrió, Kenton vio las piernas otra vez. Y pensó que así como hay chicas a las que se reconoce por su cara, hay otras chicas a las que se reconoce por sus muslos. Y éstos eran tan preciosos, tan perfectos que volvió a entrecerrar los ojos.

Tanto que no se fijó en la cara de la chica.

Cuando alzó la mirada, apartándola de aquellas líneas mórbidas, ella ya se había vuelto.

Ponía el «Ford Capri» en manos de un hombre que había estado esperando en la acera. Le dijo algo. El tipo asintió y luego ella entró en la casa.

El joven tampoco le vio bien la cara a causa de la distancia y de la dirección que seguía el camino, obligando a la muchacha a avanzar de espaldas a él. Pero se dio cuenta de que tampoco habría conseguido gran cosa aun viéndola de cerca, porque ella usaba unas grandes gafas negras.

Pensó:

«De todos modos te reconocería por tus piernas... Te reconocería hasta en el infierno.»

Y era extraño.

Era curioso.

Era casi sobrecogedor.

Las piernas de aquella chica, no sabía bien por qué, le recordaban el infierno.

CAPÍTULO IV

EL «FORD CAPRI» ES UN BUEN COCHE Y RESULTA LASTIMOSO QUE SE HAGA CON ÉL LO QUE HIZO AQUEL TIPO. Porque aquel tipo rodó hasta la zona de South Oyster Bay, siempre seguido a distancia por Kenton, y arrojó el coche al agua, enfrente de la isla de Cedar I. Allí no le vio nadie, excepto Kenton. Y aunque era más que posible que el vehículo fuera visto en el fondo de las aguas (sobre todo por algún helicóptero de tráfico) tal vez no lo sacarían nunca de allí, después de convencerse los submarinistas de que no había ningún cadáver dentro. El número de coches que duermen para siempre en los bajíos de Nueva York bastaría para proveer de materia prima a una acerería durante un mes.

Pero el joven se dio cuenta pronto de que el plan de aquel tipo era más inteligente.

Telefonó desde una cabina pública.

Y hubiese jurado que llamaba a una empresa de las que regentan «cementerios de automóviles» con el fin de sacar de ellos el provecho que se pueda. Seguro que el fulano decía que había tenido un accidente. Seguro que ofrecía una pequeña prima a la empresa para que se llevaran el «Ford» del agua, empleando una grúa. Seguro que la empresa lo sacaría de allí y lo convertiría en una irreconocible bola de metal apenas un día más tarde, cuando la policía aún no habría relacionado el «Ford Capri» con el crimen. Y una pista se habría perdido para siempre siguiendo, eso sí, vías absolutamente legales. Y absolutamente normales además, porque un despiste junto a la bahía lo puede tener cualquiera.

Kenton dio media vuelta con su coche.

Ya había visto bastante.

Regresó a la zona del Hospital de Veteranos y se detuvo muy cerca de Cotton Village. El sol aún estaba alto. Penetró tranquilamente en la casa y atravesó el prado color verde esmeralda.

Todo estaba rodeado por el más absoluto silencio.

La casa era una auténtica maravilla, un oasis de paz.

Kenton distinguió entonces un suave peloteo.

Bordeó el porche y vio que detrás de la casa había una pista de tenis. La chica de las piernas suculentas las mostraba ahora con más generosidad aún que antes, pues apenas se tapaba con unos diminutos shorts. Estaba peloteando con un tipo fornido, joven, que debía ser su entrenador, a juzgar por la suavidad y la colocación con que le devolvía las pelotas.

Kenton se pegó a la pared.

No le habían visto.

De pronto ella dijo:

—Ya está bien por hoy, Ralph.

Fue a un lado de la pista, se limpió la cara con una toalla, después de dejar la raqueta, y se puso las grandes gafas negras. Vino en línea recta hacia el lado del porche en que estaba John Kenton.

Este tendió las manos hacia el pequeño carrito de madera blanca donde se alineaban las botellas, los vasos y un recipiente de plata con cubitos de hielo.

Puso dos en uno de los altos vasos.

—Le recomiendo una tónica con ginebra y hielo —dijo cuando la chica se hubo acercado a él—. Pero bébala despacio porque de otro modo le podría sentar mal, después de la partida.

La hermosa cabeza de la chica sufrió una sacudida.

Debió mirar fijamente a Kenton a través de sus espesas gafas negras.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

—Me llamo John Kenton.

—Eso me tiene sin cuidado.

—¿Entonces por qué me ha hecho la pregunta?

La muñeca dijo por entre sus labios apretados:

—Váyase.

—Un momento. Soy detective privado.

—Detective privado o detective público, nadie le ha pedido que viniera. No tenía el menor derecho a atravesar el umbral de esta residencia. Hala, largo.

Kenton hizo un gesto suave.

Tendió la mano.

Le quitó las grandes gafas negras, dejando así del todo al descubierto su precioso rostro.

Y de pronto lo pensó otra vez.

No sólo era por las maravillosas piernas.

Era también por la cara.

Era otra vez aquella pesadilla.

Aquella evocación del infierno.

«¡ASÍ! ¡PERO QUE DIVINA ES ESTA MUÑECA! ¡OTRA VEZ!
¡OTRA! ¡OTRA...! ¡Y QUE ÉL LO VEA!»

Los ojos de Kenton se habían extraviado.

Ella lo notó. Notó algo tan extraño en su rostro que lanzó al aire un grito de angustia:

—¡Ralph!

El instructor de tenis vino al trote. Era un tío fornido y que debía tener una pegada más que respetable. Se fijó en los ojos alucinados de Kenton y le puso una mano en las solapas.

—¡Usted! ¡Largo!...

Kenton movió los dos puños.

Lo hizo con una energía salvaje, con una fuerza que surgía del fondo de sí mismo y que centuplicó la que ya tenía normalmente.

¡CHASK!

La mandíbula del profesor de tenis pareció estallar. Dio un salto hacia atrás y rodó por la hierba.

La preciosa muchacha gritó:

—¡Socorro!

Hizo un gesto muy violento. Sus diminutos shorts parecieron a punto de ir a estallar.

Pero Kenton no pudo fijarse en eso.

Dos tipos más venían hacia él. Tenían aspecto de criados, pero también de otra cosa más importante. Tenían aspecto de agentes de seguridad de la casa.

No gastaron contemplaciones con Kenton.

Uno de ellos quiso aplicarle una llave mientras el otro le pateaba el estómago. Pero las cosas salieron al revés de lo que habían imaginado.

El de la llave salió por los aires.

Y tuvo suerte.

O estuvo a punto de tenerla.

Por poco cae encima de la chica.

Pero ella se apartó y él se dio de cabeza contra una de las columnas del porche.

Gimió:

—¡Ay! ¡Por poco!...

El otro sintió que le sujetaban la pierna con la que iba a golpear el estómago de Kenton.

Le voltearon salvajemente por ella.

Gritó:

—¡Tu madre!

Y Kenton gritó:

—¡Tu tía!

Salió despedido contra la pared, donde por poco hace un agujero, tan brutal fue el impacto.

—¡Ay! —gritó—. ¡Tu hermana!

Y Kenton:

—¡Tu sobrina!

Disparó un brutal puntapié contra la cara del otro.

—Tu... tu... tu... tu mujer.

—Tu... tu... tu... querida — dijo Kenton imitando a su enemigo, que ya casi no podía hablar.

Y se volvió de repente.

El primer caído ya estaba tras él.

Iba a golpearle en la nuca con las dos manos unidas.

Kenton se inclinó y los dos puños solamente rozaron su cara. El otro quedó en la postura desairada del jugador de golf que levanta el stick al cielo después de dejar la pelota en el sitio donde estaba.

Kenton lo sujetó por la entrepierna.

Lo levantó en vilo, a pesar de que el otro era al menos un peso medio.

Ni el propio Kenton sabía de donde sacaba aquella fuerza desmesurada, aquel vigor salvaje.

Era como si estuviera luchando con una docena de enemigos a la vez.

Como si peleara para librarse de las llamas del infierno.

Arrojó a su enemigo de tal modo que éste, después de rodar por la hierba húmeda, fue a caer a la piscina que había a poca distancia. Se hundió en ella con un gorgoteo. Menos mal que no había perdido el sentido y pudo flotar, ya que de lo contrario sólo hubiera podido acordarse de sus aventuras en el Valle de Josafat.

Kenton fue a volverse.

Seguía poseído por aquella especie de odio infernal, por aquella rabia bestial e inhumana.

Acababa de oír el ruido de alguien que se acercaba por su espalda.

Intentó atacar.

Pero el dolor lacerante en la nuca la hizo caer de rodillas. El golpe de la culata hizo que sus ojos se nublaran con una capa de sangre.

CAPÍTULO V

NADA DE PIERNAS ESTUPENDAS, NADA DE SHORTS, NADA DE PISTAS DE TENIS BAÑADAS POR EL SOL. Cuando John Kenton recobró el conocimiento, estaba tendido en el diván de una habitación más bien oscura y un hombre se inclinaba sobre él. Aquel hombre, según pensó, tenía que ser un policía que le estaría acogotando y se dispondría ya a limpiarle los dientes con el cañón de su pistola.

Pero tuvo otra sorpresa.

No era un policía.

El que se inclinaba sobre él y le daba a beber unas gotas de licor, era un hombre ya anciano, de aspecto bondadoso, cuyas facciones resultaron vagamente conocidas para John Kenton.

El anciano murmuró:

—¿Se siente mejor?

—Creo que... que sí.

John Kenton, de pronto, se sentía invadido por un terrible cansancio.

—Tiene una bolsa de hielo en la nuca. No se la toque. Lamento que uno de mis hombres tuviera que tratarle así.

—No lo lamente. Fui yo el que empezó con la juerga.

—¿Cómo es posible que usted, un detective privado, haya hecho una barbaridad semejante? —preguntó el anciano con voz suave—. ¿Qué pretende? ¿Que por lo menos le retiren la licencia?

—¿Ha visto ya mi documentación?

—Sí, eso es lo primero que mis hombres han visto, ya que hacía falta saber quién era usted. ¿Pero por qué ha hecho eso?

Kenton cerró los ojos.

—No lo sé —confesó.

Era terrible.

Acababa de decir la verdad.

No lo sabía.

Era muy natural su llegada hasta allí siguiendo la pista del «Ford Capri», pero ya no lo era tanto su empeño en ver bien la cara de la muchacha. Y mucho menos el liarse a guantazos, de buenas a primeras, con todos los hombres que habían salido a su paso, como si fueran enemigos que quisiesen matarle.

Y recordaba que ninguno de ellos había empleado un arma.

No, no había motivos.

Incluso pasaba algo más terrible.

John Kenton había tenido la absurda sensación —ahora se daba cuenta— de que en el momento de pegar al profesor de tenis, pegaba a otro hombre.

El anciano siguió:

—No tema, no pienso denunciarle a la policía. Sólo quiero que me diga por qué ha hecho usted esto.

En el cerebro de Kenton brilló una chispita.

«Claro que no llamarás a la policía, cerdo... Su presencia no te conviene.»

Pero, sin embargo, la cosa no estaba tan clara. Recordaba de algo a aquel hombre. Con voz tenue preguntó:

—¿Quién es usted? Le he visto en alguna parte.

—Naturalmente que me ha visto. Mi fotografía aparece en los diarios con alguna frecuencia, sobre todo cuando hay debate en la ONU. Soy uno de los delegados especiales de Israel para tratar del conflicto de Oriente Medio. Me llamo Baltazar Amin y esta casa no es mía, sino que pertenece a mi país. Aquí suele reunirse nuestra delegación antes de las asambleas.

El joven estaba consternado.

No, no era posible.

Un hombre de su categoría y su significación no podía haber cometido un crimen tan absurdo ni mandar cometerlo. Desahacerse de un guardián de la playa... ¡y todo por ayudarle a él! ¡Por salvarle a él, un detective muerto de hambre!

¡Un tipo al que no conocía!

Cerró los ojos de nuevo.

El vértigo...

La angustia de lo desconocido...

Desesperadamente anheló morir.

Baltazar Amin debió darse cuenta. Tenía muchas horas de vuelo y había visto a muchos hombres hundidos en el shock. Hizo que Kenton bebiese un poco más y luego murmuró:

—Ha tenido usted un mal rato, muchacho. ¿Se droga?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque muchos detectives privados luchan contra el mundo de las drogas y acaban siendo víctimas de él. Trabajando en un ambiente tan corrompido, se corrompen. ¿Usted es de esos?

—No. Jamás he tenido en las manos ni un gramo de «mandanga». Allá con los que se la soplan, pero eso no va conmigo.

—Entonces no lo entiendo, amigo, pero sin duda ha tenido usted una crisis nerviosa. Quizá trabaja demasiado o quizá deba ir a un psiquiatra. Pero no quiero causarle ningún daño por lo que ha sucedido.

—¿Qué intención tiene?

—Le dejaré ir. Cuídese y vaya a un médico. Pero, por favor, no vuelva a crearme más conflictos con su presencia aquí, porque bastantes líos tengo.

Kenton se sentó en el diván y se apretó la bolsa de hielo sobre la nuca. Cada vez le dolía menos el impacto y cada vez se iba sintiendo mejor.

Bonito granuja aquel Baltazar Amin. Le echaba con buenas palabras y evitaba que interviniese la policía. Claro que pudo haberle matado y no lo había hecho, pero le mataría si aparecía otra vez por allí. Baltazar Amin debía ser un asesino de seda, un verdugo de guante blanco, uno de esos tíos que le meten a uno las balas con vaselina, pero se las meten.

Y, sin embargo...

¡Sin embargo, nada de eso cuadraba! ¡Un enviado especial de un país no desciende a sucios trabajos de esa clase!

—La chica... —murmuró Kenton respondiendo a una idea fija—. ¿Quién es la muchacha?

—¿Se refiere a Betty Arden?

—No sé cómo se llama. Me refiero a la que estaba aquí, la que

jugaba al tenis.

—Sí. Es Betty Arden, una experta en idiomas. Tiene un cargo de traductora simultánea en la ONU y además la empleo como secretaria. ¿Qué pasa con ella?

Kenton musitó francamente:

—No lo sé.

Y eso volvía a ser lo terrible.

Que no lo sabía.

—Joven —musitó Baltazar Amin—, la gente de este país me merece un gran respeto. Los detectives privados, a pesar de lo que se diga, no son basura ni mucho menos. Váyase de aquí y visite a un médico. ¿Necesita dinero?

—¿Por qué dice eso?

—He visto que llevaba muy poco.

—Sólo faltaría que encima me dieran limosna —susurró Kenton poniéndose en pie—. ¿De veras puedo irme, señor Amin?

—Claro...

—Le dejaré una tarjeta mía por si quiere denunciarme. Está en su derecho.

—No, no compliquemos las cosas ahora. No pienso denunciarle ni quiero tener más contactos con usted.

Vaya.

Le entregó su documentación, las llaves del coche, los pocos dólares que quedaban... Las manos del joven detective temblaron al recibir todo aquello.

Estaba seguro de que no viviría demasiado.

Estaba seguro de que todo aquello, dentro de pocas horas, se lo volverían a quitar en el depósito de cadáveres para meterlo en una bolsa precintada.

«Ya está... —pensó—. Un accidente de tráfico... Seguro que al llegar a la primera esquina hacen que me la pegue con un camión... Esos tíos se las saben todas.»

Se sentía inseguro cuando volvió a empuñar de nuevo el volante, sin haber visto a la chica ya más.

Pero no ocurrió nada.

No le habían quitado el líquido de frenos. No le habían aflojado la dirección. No se cruzó con él en la esquina ningún camión de mudanzas.

Llegó sin novedad a su despacho de Manhattan.

Fue allí cuando se derrumbó del todo. Fue allí cuando se dio cuenta de que no era más que un visionario y un loco, un hombre cuyo cerebro se estaba degenerando y ya no servía para aquel oficio.

Decidió ir a la lujosa oficina de Gloria Bassier.

Se arrastraría hasta allí como un perro y prometería devolverle sus cien dólares.

Pero nada de trabajar para ella.

Era incapaz de hacer una cosa a derechas.

Sí. Se arrastraría como un perro hasta el paraíso de los ricos, hasta Madison Avenue. Y quizá allí le recibirían a pedradas, que era lo que tenía merecido...

CAPÍTULO VI

—¡PERO MI QUERIDO AMIGO! ¡QUE HONOR NOS HACE AL VENIR AQUÍ! ¡PASE, PASE! CELEBRAMOS una pequeña recepción para festejar la firma de un contrato y usted será uno de nuestros invitados. Entre, entre.

John Kenton estaba como alucinado.

Todo aquello le parecía un sueño.

Sus ojos recorrieron aquel ambiente.

La lujosa oficina, tal como aparecía en los folletos.

El aspecto de hombres importantes de todos los que se habían reunido allí.

La mesa llena de delicadas viandas, un «buffet» frío digno de una embajada.

Y los tipos que le estaban siendo presentados. Aquello era lo que más le dejaba paralizado.

—El señor Roberts, del Bowery Bank.

—El señor Astor, de la General Motors.

—El señor Collins, del departamento de publicidad de la Kodak. Nosotros les aconsejamos en sus inversiones.

—El señor Stevens, de la Paramount, con la cual hemos firmado el contrato de financiación que festejamos ahora.

Kenton se sentía mareado.

No le habían recibido a pedradas, no.

Todo lo contrario.

Le habían metido en aquel mundo lujoso al cual sólo hubieran podido acercarse de rondón dos o tres detectives privados de los muchos que había en Nueva York. Y nunca un advenedizo como él,

un matón de barrio, un asusta-chulos, un muerto de hambre.

Era inexplicable y a la vez maravilloso.

Mientras le ponían un alto vaso de whisky en la mano, pensó al fin que debían haberle confundido con otro. A lo mejor tenía pinta de financiero y él no se había enterado todavía.

Pero tampoco era eso. Cuando vio a Gloria Basser de nuevo se dio cuenta de que le habían presentado allí con su verdadera personalidad.

Gloria Basser llevaba un elegante traje de cocktail muy ceñido a sus formas. Era una mujer muy atractiva, una estupenda mujer para hacer locuras, pero al mismo tiempo era una dama distinguida. Esa combinación no es fácil de obtener. No se encuentra en cualquier esquina una mujer que le haga a uno brincar al ponerse las medias y que al mismo tiempo encaje a la perfección en una reunión de millonarios.

Ella musitó:

—¿Qué tal, señor Kenton?

Kenton maldijo al tal Joseph Mizzian, ilustre y acreditado hijo de perra.

Lo maldijo por haberse aprovechado de una mujer tan estupenda y haberla dejado con un rorro en las entrañas.

Entornó los párpados.

¿Y ella qué?

¿La pobrecita era idiota para haberse liado con un norteafricano que además tenía un bar en pleno West Side, en la Avenida Doce?

No, ella tampoco era un angelito.

Eso fue lo que hizo darse cuenta otra vez a Kenton de la verdadera y baja categoría de su trabajo. Basura infecta. A él le habían contratado para pegarle una paliza a un sobón y afeitarse en seco; por lo tanto no había motivo para que estuviera más tiempo en aquella reunión de millonarios.

A pesar de que sabía que era una indiscreción terrible, preguntó con voz helada a los reunidos:

—¿La señorita Basser les ha dicho quién soy? ¿Me ha presentado con mi verdadero nombre?

El que por lo visto era gerente técnico de la firma abrió elogiosamente los brazos.

—Claro que sí... Usted es John Kenton, detective privado.

El joven creía vivir un sueño. Cada vez más.

¿Por qué le miraban con tanta simpatía aquellos tipos? ¿Por qué se molestaban en ocuparse de él como si no hubiera en la reunión ninguna otra persona?

—¿Les ha dicho también para qué estoy contratado? —murmuró.

—Eso no —dijo otro de los reunidos—, pero hemos de suponer que será para encargarse de la sección de informes comerciales. Y sólo a un profesional de primerísima clase se le daría un trabajo de esa categoría.

—Yo no soy un profesional de primerísima clase —dijo Kenton con la misma frialdad.

Los ojos de los que estaban con él se nublaron instantáneamente.

—¿No?

—¿Pero qué dice?

—Yo soy carroña —dijo sombríamente Kenton—. Yo soy un perro callejero, un detective muerto de hambre.

Había dicho quizá demasiado. Esperaba que le sacaran a puntapiés de allí. Pero de pronto alguien lanzó una carcajada.

—¡Hay que ver! ¡Qué modesto! ¡Aunque ahora está de moda darse importancia diciendo uno todo lo contrario! ¡Echándose basura encima! ¡Vaya, hombre, vaya, señor Kenton! ¡Tiene gracia!

Una segunda carcajada sonó en la sala.

—¡No se preocupe ni nos diga el dinero que gaña, hombre! ¡Ninguno de nosotros es inspector de impuestos!

Las carcajadas se generalizaron y la conversión se animó. Gloria Bassier se lo llevó discretamente a un rincón de la lujosa oficina, a un sitio donde la luz era tenue y desde el que se veía el tráfico rutilante de la Avenida de Cristal.

Kenton la miró por encima del borde del vaso de whisky.

¡Qué hermosa era!...

¡Qué estupenda resultaba a pesar de tener los labios crispados en una mueca de rabia!

Gloria musitó:

—No ha estado muy brillante, amigo. No es usted lo que se dice un hombre ideal para encargarle trabajos de confianza.

—Sólo he tratado de decir la verdad.

—La verdad no le importa a nadie.

—A mí sí. ¿Qué les ha contado a éstos?

—No les he contado nada. Cuando usted ha entrado aquí en plena fiesta, he dicho que era un detective privado al que acababa de contratar. Y no he dado detalles. Dada la categoría de esta casa, ellos pueden imaginar lo que quieran.

—Me han puesto automáticamente a la altura de la oficina, ¿no?

—Es lo lógico.

Gloria bebió un sorbo de su Martini y musitó:

—¿A qué ha venido?

—Soy simple basura, muñeca. Antes era un perro callejero, pero ahora me estoy convirtiendo en un bicho de alcantarilla. Cada vez que vea venir a los de la brigada raticida tendré que escóndeme pegando saltos. Y quiero que usted lo sepa.

—No hay motivo para ser tan pesimista ni viene a cuento decirme eso, Kenton. Le encargué un trabajo de acuerdo con sus facultades y no hay más que hablar. Hágalo.

—No lo haré.

—¿Por qué?

—¿Cómo explicárselo? Usted no me entendería, pero estoy haciendo ya los cien metros lisos hacia la casa del psiquiatra. Han dado la señal de salida y no puedo pararme. No haré nada porque no quiero comprometerla a usted ni ensuciar a nadie.

Ella arqueó una de sus finas y bien dibujadas cejas.

—¿Es que se encuentra mal? —musitó:

—Peor de lo que la gente cree.

—¿Qué le pasa?

—Casi nada. Lo mismo me veo en un «Lincoln Continental» descubierto, paseando por una avenida en compañía del presidente de una república centroamericana, que oigo voces ordenando maltratar a una chica. Y veo sus preciosas piernas debatiéndose en el aire, manoseadas por cien dedos asquerosos. Lo mismo me quedo parado en el centro de una calle para que me atropellen como me lío a guantazos con los que rodean a ciertas mujeres. No, Gloria, no confíe en mí. Se equivocó al venir a mi oficina y por eso quiero devolverle sus cien dólares.

Metió la mano en el bolsillo con gesto patético.

—Lo malo —añadió— es que ya no los tengo. Han volado como una nube de espuma.

Ella apretó los labios.

Su mirada estaba perdida en el vacío. Una nube gris y triste flotaba en sus ojos.

—Kenton —musitó—, quiero ayudarle.

—No mienta. Lo que pasa es que ya no quiere pasar por el mal trago de explicar su historia ejemplar a otro cerdo cómo yo. Se atrevió a hacerlo una vez y ya tiene bastante. Me utilizará hasta el final con tal de no tener que ir a otro despacho a enseñar las piernas y repetir la misma historia. ¿Es eso?

Ella tembló.

—Pongamos que sea eso.

—También por mi parte me gustaría ayudarla, Gloria. Me hago cargo de su situación.

—Pues ayúdeme. No le discutiré el dinero si me libra de ese maldito de Joseph Mizzian.

—Es que tengo miedo de hacerlo mal, Gloria. Tengo miedo de comprometerla.

—Inténtelo.

Él pareció reflexionar un momento. Luego movió la cabeza pesarosamente de un lado a otro.

—No. Definitivamente, no. No quiero tener uno de mis arranques, matar a Mizzian y conseguir que usted y yo nos felicitemos las Navidades desde la cárcel durante quince años. Mejor será que se busque otro, y hasta si quiere se lo buscaré yo.

Y movió la mano derecha.

Aquella suave oscuridad...

Aquel rincón tan discreto...

Ella crispó las facciones.

—Retire los dedos de ahí, cerdo — bisbiseó.

—Los tengo en el mismo sitio de ayer.

—Por eso.

—¿Quiere que se lo diga? Hace meses que no encuentro para mi mano derecha un refugio tan estupendo.

Ella estaba lívida.

Sin embargo no se apartaba, a pesar de que los cinco dedos de la derecha de Kenton estaban estudiando anatomía a marchas forzadas. Seguro que el muy granuja aprobaba cualquier examen en que le preguntasen por la región glútea.

—Atrás, cerdo.

Él musitó:

—Eres una mujer extraña, Gloria.

—¿Por qué?

—Otra me hubiera partido los dientes con el canto de su vaso.

—No quiero organizar jaleos. Esta es una oficina respetable.

—¿Y por qué no te apartas al menos?

—¡Vete al infierno!

Él retiró la mano poco a poco con un gesto de pesadumbre.

—He fracasado —musitó.

—¿Dices que has fracasado?...

—Sí. Te he dicho que no quería trabajar para ti y no me has echado. Te he dicho que no tenía ya los cien dólares y no me has escupido a la cara. Te he puesto la mano en ese sitio tan estupendo que tienes al final de la espalda y no has llamado a los camareros para que me partieran en pedazos, me rociaran con mostaza y me sirvieran en el «buffet». ¿Qué he de hacer para librarme de ti?

Ella hundió la cabeza.

Parecía apesadumbrada, terriblemente apesadumbrada, por las palabras del hombre. Pero en cambio no estaba ofendida. Eso era lo más curioso. Ofendida no.

—Acaba el trabajo —musitó—. Acaba el trabajo que te encomendé y entonces te librarás de mí.

—¿Y si fracaso?

—Hay que correr ese riesgo. Una vez supe que estaba encinta hube de aceptar todo lo demás.

—No es una bonita perspectiva para una millonaria como tú.

—No, no lo es.

—¿Y si hago las cosas mal y te comprometo?

—Confío en ti. Antes de acudir a tu despacho pedí informes y me dijeron que, a tu manera, eras eficiente.

—¿A quién pediste informes?

—A varias personas. Entre ellas a una cortesana barata que tiene un querido que hace desfalcos en su Banco y a la que espantas los chulos de vez en cuando.

Kenton se sonrojó.

Quizá en su maldita vida no le había ocurrido una cosa igual.

Pero se sonrojó como un niño.

—¿Te paga con favores íntimos? —musitó Gloria Bassier.

—Pues... pues sí.

—Bonita pareja de cerdos.

—Pero no está como tú, Gloria —dijo suavemente él—. Si tú me pagaras con favores íntimos iría hasta el fin del mundo. Te traería la cabeza de Mizzian puesta en la torre de radar del portaaviones Kennedy.

Ella dijo con desprecio:

—Me basta con que me traigas un par de sus costillas. No necesito otra cosa. Y ahora vete.

Estaba claro que molestaba allí. John Kenton se bebió su whisky de un trago y se fue por donde había venido.

Sin despedirse de nadie.

Como un perro.

Menos mal que no tenía rabo para meterlo entre las piernas, porque de lo contrario se hubiera notado demasiado lo que sentía.

Se metió en el coche y fue pegando mordiscos al aire hasta llegar a la Avenida Doce.

CAPÍTULO VII

VIO EL BAR MALO QUE ESTABA EN UN SITIO BUENO.

Vio las luces rutilantes y la gente que entraba. Había tenido razón Gloria Bassier al decirle que aquél era un sitio donde los hombres y las mujeres distinguidos buscaban encanallarse un poco. Había unas cuantas chicas y había también unos cuantos «hombres» de sexo dudoso. Allí se encontraba de todo. Kenton disimuló una mueca de asco cuando un par de aquellos tipos, al entrar él, le miraron insinuantemente.

El detective pasó a lo largo de la barra.

Había gente bebiendo y gente sobándose. No podía negarse que allí la gente inquieta encontraba «oportunidades», Kenton se encontró de pronto ante una de las puertas del fondo.

Allí estaban los servicios.

Pero también estaba el pasillo penumbroso que llevaba a las oficinas de la gerencia.

Un tipo se cruzó ante él.

Llevaba melena.

Y sus labios eran demasiado rojos.

—No se puede pasar —murmuró—. No dé un paso más, joven.

Kenton susurró:

—Claro que no, chato.

Y disparó su puño derecho.

Fue un implacable corto al estómago.

El otro se inclinó y tuvo una especie de espasmo mientras farfullaba:

—¡Bruto, más que bruto!

Kenton repitió la dosis.

—¡Bestia, más que bestia!

El puño derecho salió despedido otra vez.

Kenton susurró:

—Duerme, macho.

El otro cayó de bruces mientras aún tenía fuerzas para decir con un soplo de voz:

—Sin insultar...

Kenton siguió adelante.

Vio la puerta.

La empujó.

Vio al guardaespaldas.

Lo empujó.

Vio la butaca.

La empujó.

Vio a la chica.

No la empujó.

La chica empuñaba una «Browning».

Masculló:

—Atrás, perro.

Kenton movió la pierna derecha.

Pegó un puntapié a la «Browning».

La envió por los aires.

Abrazó a la chica.

La besó en la boca.

Ella pateaba.

Le pegaba con todas sus fuerzas.

Dale que dale.

Él la besaba.

La estaba dejando sin aliento.

Dale que dale.

El guardaespaldas al que había empujado antes vino corriendo armado con una cadena de bicicleta. Desde fuera no se podía oír el ruido porque las paredes estaban acolchadas. El guardaespaldas se lanzó a fondo mientras se acordaba de la mamá de John Kenton.

John Kenton le dio recuerdos.

A la mamá y al guardaespaldas.

Hubo para todos.

Se inclinó y la cadena de bicicleta resbaló por encima de su cabeza. Él dio un puñetazo, con las dos manos unidas, al bajo vientre de su enemigo. El de la cadena de bicicleta sintió que el dolor le subía hasta el nudo de la corbata.

Kenton le hizo una presa y lo envió contra uno de los muebles. Era una valiosa mesita de estilo imperio.

La mesita se fue al diablo.

La cabeza del guardaespaldas también.

Estaría sin sentido al menos media hora.

La chica, que llevaba unos diminutos shorts, las piernas enfundadas en finas medias y unas botas altas, gateaba en busca de su pistola. Kenton dijo:

—Lástima.

E hizo:

—¡PLAS!

El puntapié alcanzó a la chica en plenas posaderas, pero como las tenía llenitas el golpe quedó bastante amortiguado. De todos modos patinó por el suelo, lejos de su pistola, y cuando volvió la cabeza hacia Kenton tenía las facciones crispadas.

—¡Bestia!

—Celebro que tengas tan buena opinión de mí, muñeca. Dime dónde está Joseph Mizzian.

—¿Para qué quieres verle?

—Quiero recomendarle un spray desodorante para eliminar la peste a cerdo.

—¡Vete! —gimió la chica—. ¡Vete o llamo a la policía!

—Llámalas, nena. Lo menos he visto cinco menores en la barra. Llámalas y veremos qué pasa.

La chica gimoteó:

—No armes más bronca. Soy la secretaria de Mizzian. Dime de verdad qué quieres.

—Sólo hablar con él.

—Hemos pagado todas las «protecciones»... No hay motivo para que nadie se meta con nuestro local.

—No, nena, no soy de la Mafia —sonrió Kenton—. No soy un tiburón de esos que se dedican a pegar mordiscos a los escaparates de los que no pagan la «protección». Sólo quiero ver a Mizzian para recomendarle prudencia, pero te juro que no le haré daño.

Kenton era sincero.

No quería estropearse más las manos. Ya había dado bastantes puñetazos desde que empezó aquella maldita aventura.

Sólo con recomendar por las buenas a Mizzian que no se volviera a acercarse a Gloria Bassier ya tenía bastante.

La puerta que había al fondo se abrió.

Un tipo alto y delgado apareció en el umbral.

Era relativamente guapo.

Kenton lo reconoció enseguida.

Era Joseph Mizzian.

¿Pero qué fue lo que le pasó entonces? ¿Por qué todo se nubló en él? ¿Por qué infiernos se olvidó de que no quería pegarle?

Mizzian llevaba la derecha en uno de los bolsillos de su americana, donde sin duda descansaba una pistola.

Masculló:

—¿Por qué no deja de armar camorra? ¿Qué diablos quiere?

Kenton gruñó:

—Tu padre.

No supo por qué lo hizo.

Fue igual que cuando vio a los hombres rodeando a la chica en la casa de Baltazar Amin.

Disparó con todas sus fuerzas el puño derecho.

Mizzian fue a sacar la pistola.

Pero no pudo.

Se encogió.

—¡Aaaaayyyy!

Tuvo la sensación de que su mandíbula se había convertido en harina vitaminada.

Kenton movió el pie.

—¡Uuuuuuuuug!

Ahora lo que se convirtió en harina vitaminada fue algo muy importante y que estaba bastante más abajo de la mandíbula.

—¡Aaaaaaggg!...

Joseph Mizzian rodó por el suelo. El salvaje impacto en la sien le había dejado K.O. y le había enviado contra la mesa.

Kenton se frotó los nudillos.

Reconocía que era un cerdo.

Pero al menos era un cerdo que estaba en forma.

Se volvió hacia la chica.

Ella aún gateaba.

Pero se tapó enseguida las nalgas.

—¡No, otro puntapié no!

—Vas a darle un recado a tu jefe, chata. Tengo la sensación de que ahora no puede oírme. Y no sufras porque no voy a tocarte más.

—¿Qué... qué he de decirle?

—Que no se acerque más a Gloria Bassier. Bastará con que se sitúe a menos de una milla de distancia de ella para que le limpie a ese tipo los dientes con la hélice del ventilador de un autobús.

La hermosa muñequita arqueó las cejas.

Parecía no haber comprendido.

—¿Gloria Bassier? —musitó.

—Sí. Basta con que le digas el nombre para que se acuerde perfectamente.

La chica parecía sumida aún en un profundo asombro.

—Él nunca ha tenido nada que ver con una chica llamada Gloria Bassier —musitó.

—¿No, eh?

—Nunca.

—¿Y cómo lo sabes tú, golfa?

—Joseph Mizzian es un hombre que tiene muchas preocupaciones y no puede ir detrás de las chicas.

—No me dirás que no le gustan.

—Al contrario; le gustan con locura.

—Pues entonces, ¿qué pasa?

—Lo que pasa es que se las proporciono yo —dijo tranquilamente la secretaria.

Kenton quedó alelado.

Había salido de un mundo de basura para meterse en otro peor. Pero en el fondo, ¿de qué se extrañaba? ¿No tenían muchos hombres de negocios una agenda con varios números de teléfono y hacían llamar a su secretaria? ¿No ha llegado este mundo a un punto de agitación tal que los mujeriegos no tienen tiempo ni para perseguir a las mujeres?

Chascó dos dedos.

—Vaya... —susurró—. Eres una palomita, nena.

—Una tiene que quitar preocupaciones a su jefe y dárselo todo

resuelto.

—¡Pues qué bien!

—Ya te he dicho que Mizzian tiene muchos negocios.

—¿Y de dónde sacas tú las virtuosas damas para que él se olvide de las letras que vencen a fin de mes?

La chica dijo sinuosamente:

—Una, modestia aparte, tiene buenas relaciones, tiene amigas...

—¿Una de ellas era Gloria Bassier?

Y al preguntar aquello sintió al mismo tiempo pena y asco hacia Gloria Bassier.

Pero la secretaria-para-todo contestó:

—No.

¿Por qué sintió una cierta tranquilidad Kenton? ¿Por qué le pareció de pronto que el mundo ya no era tan sucio? Aunque en el fondo, ¿a él qué le importaba?

—Quizá tú no la conoces —dijo—. Quizá esa chica era una pieza tan importante que Mizzian la había atrapado por su cuenta.

—No, eso es imposible. Yo lo hubiera sabido. Controlo sus llamadas y su tiempo. Soy una mujer de absoluta confianza.

Kenton tuvo la sensación de que la muchacha era sincera, y eso le hizo daño. ¿Qué lío era aquél? ¿Es que Gloria Bassier le había engañado miserablemente? ¿Es que su historia, además de ser una historia puerca, era una historia falsa?

De todos modos insistió:

—Ella tiene una Compañía de marketing y de financiaciones en Madison Avenue. ¿No la conoces?

—No.

—Mizzian está tan interesado en ella que aspira a casarse. ¿No sabes nada?

—Te juro que no.

John Kenton estaba aturdido.

Seguía teniendo la sensación de que la chica era sincera.

Apretó los puños.

—De todos modos díselo a Joseph Mizzian —barbotó—. Y adviértele que si falla va a necesitar dormir con casco del modo que le voy a dejar la cabeza.

Salió.

Estaba poseído por una especie de furia secreta. El hecho de no

entender nada de aquello hacía que se sintiera más rabioso cada vez.

La primera intención que tuvo fue volver a ver a Gloria Bassier. Aclararía aquello.

Le haría escupir la verdad aunque para ello la hermosa mujercita tuviera que escupir también sus propios dientes.

Salió a la calle.

Nadie, al parecer, se había enterado fuera de la fiesta flamenca que había tenido lugar dentro.

Kenton apretó los labios.

Sí. Iría a ver enseguida a Gloria Bassier.

Pero de pronto tuvo que cambiar de opinión.

Estaba aquel hombrecillo.

El hombrecillo de ojos saltones que gritó:

—¡Johnny, por fin lo encuentro!

John Kenton quedó paralizado por unos instantes.

Nunca había visto a aquel tipo.

Ni ganas.

Era una birria de tío. No levantaba dos palmos.

Sin embargo la mano derecha que buscó la suya para estrechársela era dura y demostraba tener un pulso envidiable.

—Johnny... —musitó—. ¿Por qué pone esa cara?

—¿Qué cara quiere que ponga si usted casi me invita a comer y resulta que no le he visto nunca?

El otro biqueó.

—¿Pero qué dice, Johnny? ¿Que no me ha visto nunca? ¿Y el torneo preolímpico? ¿Y los campeonatos de Filadelfia?

—¿Los campeonatos de qué?...

—¡Johnny, no se ría más de mí! ¡Yo fui quien empezó a hablar bien de usted en los periódicos, maldita sea!

—¿Qué periódicos?

—¿A qué viene esa pregunta? ¿Es que no me recuerda? ¡Soy Fitzgerald, del Sporting World!

John Kenton seguía mirándole aturdido.

Ni un recuerdo, ni una chispita de inspiración le traían a la mente el rastro de aquel tipejo.

Pero adivinaba que algo importante se escondía allí, algo que podía disipar sus terribles dudas para siempre. Con un soplo de voz

preguntó:

—¿Vive lejos?

—No. En la Avenida Siete.

—¿Por qué no me invita a tomar una copa? ¿Por qué no vamos a su casa y hablamos de otros tiempos?

—Claro que sí — dijo Fitzgerald—. Allí tengo mi coche.

Subieron los dos. El hombrecillo arrancó a poca velocidad y se metió, para ganar tiempo, en un pequeño y oscuro parking que había junto al Hudson. Desde allí; ya podía enfilarse hacia el East Side en línea recta.

Y fue entonces cuando sucedió.

Kenton no oyó nada.

Sólo notó que el coche daba un bandazo.

Fitzgerald perdió el control de pronto y estrelló el vehículo contra un poste. Menos mal que iban a poca velocidad, porque de lo contrario se matan. El automóvil se caló. Kenton pegó un brinco y vio a su extraño amigo que dejaba caer la cabeza sobre el volante.

Los ojos de Kenton se dilataron por el asombro.

Vio el orificio de la bala en la nuca del hombrecillo, Se la habían deshecho, clavándole un proyectil en el centro de la cabeza.

Miró hacia atrás.

Y vio el orificio de entrada por la luna posterior. Un lindo orificio y que, además, no había causado ningún ruido. Sin duda habían disparado desde la oscuridad del parking, con un rifle provisto de silenciador y de visor con rayos infrarrojos.

El detective sintió en las costillas el frío de la muerte.

Ahora le tocaba a él.

Pensó: «Buen viaje».

Y se inclinó todo lo posible en el asiento, buscando un mínimo de protección contra la próxima bala.

Pero la próxima bala no llegó.

No ocurría nada.

¡Era absurdo!

¡Estaba sucediendo lo mismo que con el guardián de Jones Beach! ¡Acababan de asesinar a un hombre a su lado sin que a él le ocurriera absolutamente nada!

Tembló pensando que alguien podía haberle visto con Fitzgerald y por lo tanto acusarle de aquel mejunje en cuanto el cuerpo fuese

descubierto. Pero ahora ya no podía hacer nada para evitar esa eventualidad.

Lo que le interesaba, en cambio, era poner tierra de por medio.

Averiguar lo que pudiese sobre aquel tal Fitzgerald antes de que la policía diera con el fiambre.

Lo apartó con suavidad y se puso él en su sitio. Apagó los faros. Como el parking estaba perfectamente solitario y había sitio en él, dio vuelta al *démarrer* y comprobó con alivio que el motor funcionaba bien. Manióbró con el coche hasta dejarlo perfectamente aparcado en una plaza libre.

De momento sólo el asesino y él sabían que Fitzgerald estaba muerto.

La policía no lo averiguaría hasta la mañana siguiente, hasta que alguien, al intentar aparcar al lado, se diese cuenta de que allí había un pájaro desplumado.

—Son capaces de clavarte una multa, porque a partir de las nueve esto es zona azul —dijo Kenton lentamente—. Lo siento.

Limpió con un pañuelo sus posibles huellas y le quitó la documentación al cadáver. Vio que, en efecto, éste había residido cerca. Kenton tomó su propio automóvil y se dirigió hacia allí.

Abrió con las propias llaves del muerto.

Era un pequeño apartamento.

Una de esas pocilgas de solterón donde sólo se duerme y se trabaja. Por lo visto Fitzgerald se pasaba trabajando allí muchas horas, y en cambio se divertía muy poco.

La luz de la pantalla estaba encendida.

Había una hoja de papel en el carro de la máquina.

Recortes de periódico por todas partes.

Y armas, muchas armas.

John Kenton sintió que de nuevo el asombro subía hasta su cerebro, nublándole los ojos.

Todas las paredes del apartamento, excepto el cuarto; de baño y el dormitorio, estaban materialmente cubiertas de rifles y pistolas. Como las leyes norteamericanas no prohíben a nadie almacenar armas de fuego (recientemente el Congreso ha rechazado una limitación en tal sentido) y como la Constitución dice claramente que los ciudadanos tienen derecho a ir armados (reliquia de los buenos tiempos del Oeste), no es extraño que haya en los Estados

Unidos aficionados a coleccionar rifles como hay aficionados a coleccionar sellos, mariposas y ligas de señoritas. Pero Fitzgerald quizá extremaba la nota.

Había unas tres docenas de armas.

Pero Kenton advirtió enseguida que no se trataba de una colección vulgar. Todas las armas de gran precisión, es decir modelos empleados para los campeonatos de tiro y las competiciones olímpicas. Los rifles eran perfectos, y las pistolas también. El desaparecido periodista debía ser un verdadero entendido.

También había muchos libros sobre armas de fuego

Y fotos recortadas de algunos campeones de tiro.

Sobre la mesa de trabajo del periodista descansaba el último número del Sporting World. En su primera plana; había un artículo firmado por Fitzgerald. Se titulaba: «Los tiradores norteamericanos ante la Olimpiada de Munich».

Poco a poco, John Kenton iba aclarando algunos conceptos, aunque eso le servía de poco.

Fitzgerald era un periodista especializado en el deporte del tiro con arma de fuego. Por lo visto hacía las informaciones de los principales campeonatos que se celebraban en todo el mundo.

Y le conocía a él.

¿Pero por qué?

El joven sentía vértigo.

Otra vez le dominaba aquella absurda sensación.

La impresión increíble de estar llegando desde otro planeta.

Miró por entre los archivos y los recortes de periódico. Quizá encontraría alguna explicación. Quizá encontraría lo que...

De pronto oyó aquel leve ruido a su espalda.

Todos sus músculos se tensaron.

Fue a moverse.

Narices.

No tuvo tiempo.

¡CHASK!

Se acordó del padre del que le había atizado en la nuca.

¡CHASK!

Se acordó de su madre.

¡CHASK!

Al tercer golpe, Kenton ya no pudo resistir. Ya no pudo seguir girándose de espaldas.

Además había acabado el repertorio de maldiciones.

Cayó de rodillas al nublarse todo para él, mientras farfullaba:

—Tu tía...

CAPÍTULO VIII

CUANDO RECOBRÓ EL SENTIDO VIO DOS COSAS QUE NO ESTABAN NADA MAL. Vio dos cosas que mucha gente hubiera pagado por ver. Vio, en fin, y para hablar claro de una vez, dos piernas sensacionales.

Kenton cerró los ojos de nuevo.

No sabía que en los hospitales hubiera esas cosas.

O que las hubiera en el otro mundo.

Tragó saliva.

¿Hospitales? ¿Otro mundo?

¡Sólo una cosa estaba clara! ¡Él seguía con vida! ¡Y seguramente le habían llevado a la policía para acusarle de asesinato!

Abrió los ojos de nuevo.

Las piernas se movieron.

Kenton pensó:

«Sobresaliente».

Al muy maldito, en cuestión de piernas de chicas, le hubiera resultado muy difícil suspender a nadie.

Luego miró más arriba.

La cara.

Crispó los labios.

Los ojos turbios. Los ojos quietos de Gloria Bassier.

Ella musitó:

—¿Mejor?

Kenton paseó sus ojos por la estancia, sin contestar. Aquél no era un buen sitio. ¡Qué cuerno iba a serlo! Le habían traído al peor sitio de Nueva York, le habían traído a su propio despacho.

Preguntó con un soplo de voz:

—¿Por qué?...

—Los bomberos te sacaron como pudieron, Kenton. Te sacaron a toda prisa de un apartamento incendiado.

Él notó en la boca el sabor de la muerte.

Le fallaba la respiración.

¿Un apartamento incendiado?

¿De modo que habían quemado el local de Fitzgerald? ¿Le habían golpeado para que no viese la documentación? ¿Habían destruido con el fuego los archivos del periodista?

—¿Cómo me sacaron? —bisbiseó.

—Estabas en un buen sitio. No corrías peligro.

Los pensamientos de Kenton eran un torbellino, pero se daba cuenta de algunas cosas. Y una de ellas era ésta: por el momento no querían matarle. Incluso era posible que el mismo tipo que le golpeó y prendió fuego al apartamento hubiese telefoneado a los bomberos para que llegaran a tiempo de salvarle.

Esta era la última frontera a la que llegaban los torturados pensamientos del detective.

Más allá ya no entendía nada.

—¿Cómo llegué a caer en tus manos? —susurró.

—Parece que eso te sepa mal... Hablas de caer en mis manos como si hubieras caído en las zarpas de un tigre.

—Por favor, contesta.

—No caíste en manos de nadie. La policía vio tu documentación y te trajeron aquí, que al fin y al cabo es tu domicilio. Un médico te ha puesto una inyección y ha dicho que no te pasaría nada.

—¿La policía no sospecha de mí? ¿No cree que tengo algo que ver con el incendio?

—Vieron que eres un detective privado y que te habían atacado por la espalda. Esas dos cosas ya dicen bastante de momento, en favor de tu honradez. No te acusan de nada, aunque es posible que mañana te interroguen para atar cabos.

—Entiendo.

—¿En qué sucio lío te has metido, Kenton?

—No lo sé.

Movió la cabeza con desesperación. Ante él no veía más que un horrible panorama de fantasmas y de sombras.

—¿Y tú cómo has venido, Gloria? — musitó—. Contesta.

—Muy sencillo. Llamé por teléfono para preguntar si habías ido al local de Mizzian. Me contestó un policía y me dijo que estabas herido. Entonces vine.

Kenton suspiró.

—Todo lo que dices parece lógico, Gloria, y sin embargo, no hay nada de lógico en las situaciones que tú planteas.

—¿Qué quieres decir?

—No eres más que una farsante.

—¿De... de qué hablas, John?

—¿Por qué no me dijiste desde el principio que ni esperas ningún hijo? ¿Por qué no me dijiste que nadie te había engañado? Supongo que debe ser muy difícil engañarte porque tienes una barbaridad de horas de vuelo, muñeca. ¿Por qué no me dijiste que Joseph Mizzian no te había tocado un pelo de la ropa?

—¿Pero... de qué hablas?

—Joseph Mizzian ni siquiera te conoce.

—¡Estás diciendo barbaridades, John! ¡Tú deliras! ¡El golpe te ha afectado más de lo que parece!

—¿Por qué no me has hablado claro, Gloria? ¿Por qué me has estado mintiendo desde el principio? ¿Qué hay detrás de todo esto? ¿Qué?...

Dejó caer la cabeza sobre el diván, después de incorporarse un poco. No le dolía el golpe, pero en cambio sentía vértigo. Otra vez le dominaba aquella absurda sensación de venir de otro planeta.

Ella le pasó un pañuelo por la frente.

Quería cuidarle.

Pero John Kenton ya estaba hartó. Ya estaba cansado de tantas situaciones equívocas, tantos fingimientos y tantas mentiras. Dio casi un golpe a Gloria Bassier.

—¡Aparta!

Estuvo a punto de tirarla por el suelo.

—¡Fuera, perra!...

Esta vez falló el golpe.

Y eso que ella no se había movido.

Era asombroso.

A pesar de sus malos tratos, a pesar de su brusquedad... ¡ella no se había movido!

¡Ella, una millonaria que podía irle metiéndole billetes de a cien en la boca hasta que lo sacasen de allí ahogado, con los pies por delante!

Kenton vio entonces sus ojos.

Sus ojos mansos.

Sus ojos humildes.

Aquellos ojos en que había... ¿pero era posible? ¿Había ternura en aquellos ojos?

¿Había amor?

¿Había algo, un sentimiento dulce que él tenía olvidado y perdido para siempre?

¿Qué se escondía detrás de los ojos de Gloria?

John Kenton no lo supo entonces.

Quizá no podría saberlo nunca.

Lo cierto fue que Gloria se inclinó sobre él. Que le atravesó con la luz de sus ojos.

Que le embriagó con aquella luz;

Con el perfume de sus labios.

Ella dijo sencillamente:

—John...

Parecía como si con eso lo dijese todo.

John Kenton la atrajo hacia sí. La besó ansiosamente en la boca.

Pensó: «Soy un cerdo. Me paga cien dólares y encima...»

Ya se sabe. Hoy los tiempos cambian que es una barbaridad.

Pero enseguida ese pensamiento se disipó. Se disiparon también todos los otros.

Era como una borrachera.

Los labios de Gloria.

El perfume de Gloria.

Las formas de Gloria.

Y basta. Fin. The End. De lo contrario este libro no sale hasta que la guerra del Vietnam termine.

Que ya es decir, hombre.

CAPÍTULO IX

COMO EN UN DULCE HOGAR DE ESOS QUE SALEN EN LAS PELÍCULAS, ella le sirvió el desayuno en la cama a la mañana siguiente. Era absurdo, pero cualquiera diría que aquella millonaria se sentía feliz. Que no le importaba aquel ambiente triste del despacho sin clientes y del detective con la cabeza hecha una coca. Gloria Bassier era una auténtica mujercita de su casa. Increíble.

—¿Un poco más de café?

Él se sentía conmovido. Todo el vacío de su vida parecía llenarse con una de las miradas de la mujer. Hizo un gesto afirmativo y pensó que sus andanzas de perro callejero andaban lejos. ¿Pero quedaban lejos por qué? ¿Y por qué Gloria Bassier hacía todo aquello?

Susurró:

—No tiene sentido, Gloria.

—¿Qué es lo que lo tiene?

—Todo esto. Tú, una millonaria que me has engañado, que me has mentido y, sin embargo, te portas conmigo como nadie se portó jamás. Yo, un detective tiñoso y sin blanca al que deberías rociar con D.D.T. cada vez que se acerca. Y sin embargo he tenido tus labios, he tenido tu cuerpo. Sé que todo es absurdo y por eso te lo preguntó: ¿por qué?...

—Quizá es que te quiero, John.

—La gente no quiere así, de la noche a la mañana.

—Quizá es que me gustas.

Rio y le miró de soslayo.

—Eso sí que era posible, ¿verdad? La gente se gusta en un soplo.

Una piensa: «Es mi tipo». Y ya está.

—Es que en tu caso no había búsqueda del placer, Gloria. No, no había nada de eso.

—¿Pues qué había?

—Buscabas ternura.

Ella se estremeció un momento. Giró la cabeza y sus ojos se separaron de los del hombre.

Trató de desviar la conversación.

Fue hacia una mesita, tomó un periódico y dijo:

—Te he traído noticias, aunque lo del incendio sólo aparece en un pequeño recuadro. Pero pienso que un desayuno sin el periódico está incompleto. Toma.

Kenton pensó que el cadáver de Fitzgerald no había sido descubierto aún a la hora de cerrar la edición. Era lógico. Lo del incendio, en cambio, ocupaba un octavo de columna.

Lo leyó. La cosa no estaba clara. La policía creía en un acto criminal, pero no se ataban cabos.

Kenton dobló la página.

Y de pronto sus ojos se nublaron. De pronto estuvo a punto de lanzar un grito.

Soltó el periódico.

Acababa de ver algo que era lo más normal del mundo, pero que, sin embargo, le helaba la sangre en las venas.

CAPÍTULO X

—¿QUÉ TE PASA?

La pregunta quedó flotando en el aire: ¿Qué te pasa?

Gloria Bassier le miraba con cierta secreta ansiedad. Kenton dirigió una mirada de soslayo al periódico caído en el suelo y musitó:

—Nada. Es una tontería.

—¿Pero qué has visto?

Él se lo señaló. Era un retrato a columna aparecido en una de las páginas interiores donde se daba la información internacional. Un hombre delgado, con bigote y cara inconfundible de norteafricano, aparecía sonriendo a la cámara.

La información era breve. El pie de foto decía: «El diplomático egipcio Abder Kefal, que acaba de llegar a Washington para tratar con el Gobierno norteamericano de un posible arreglo pacífico de la cuestión de Oriente Medio. Parece que se celebrarán conversaciones extraoficiales "a tres" entre el delegado egipcio, el delegado israelí, señor Baltazar Amin, y una personalidad del Gabinete presidencial norteamericano. Después de la ruptura de Sadat con la URSS, parece posible que los Estados Unidos se transformen en árbitros del problema, para buscar una solución negociada.»

Eso era todo.

Al fin y al cabo no se trataba de ninguna mala noticia.

Todo lo contrario.

La búsqueda de la paz...

Gloria musitó:

—¿Qué es lo que te ha asustado? ¿Qué es lo que te ha puesto tan

nervioso?

—Nada.

Pero ella supo adivinarlo.

Murmuró:

—¿La corbata?

En efecto, aquel hombre llevaba una corbata llamativa. La foto la había captado perfectamente. Llevaba una corbata con una gran flor en su centro, una flor que debía ser roja.

* * *

John Kenton conducía a poca velocidad.

Las cosas le parecían distintas, la ciudad le parecía cambiada. Aquello no era Nueva York; aquello era una ciudad fantasma en la cual él había aterrizado de repente, viniendo de otro planeta.

Otro planeta...

¿Por qué pensaba eso? ¿Por qué le llegaba a invadir aquella sensación de locura? ¿Qué le pasaba?

Cerró un momento los ojos.

Era temerario conducir así, sin prestar atención a la calle; pero después de haberse despedido de Gloria porque necesitaba estar solo, ya nada le importaba nada.

Frenó ante la luz roja, después de mirar otra vez a través del parabrisas.

Y entonces vio los anuncios: ARABIAN AIR LINES... ARABIAN AIR LINES... LA MAGIA DE ORIENTE EN SUS MANOS.

Kenton frenó de pronto.

No supo lo que le había impulsado.

Pero su pie fue directamente hacia el freno sin que lo pensara. Quedó mal estacionado en un paso cebra, pero eso no tenía importancia ahora. Entró en la oficina como si una mano misteriosa le estuviera empujando por la espalda.

La chica debía ser iraquí o jordana.

Tenía una sonrisa simpática, aunque estaba algo desnutrida.

—¿Señor?...

Kenton apoyó las manos en el mostrador mientras sentía una especie de tensión eléctrica en la columna vertebral.

—Necesito que mi avión haga escala en El Cairo —dijo—. No me conviene que haga escala en Alejandría. Quiero que haga escala en El Cairo.

La empleada le miró de soslayo.

—No recuerdo... ¿Qué vuelo tiene, señor?

—El 609.

—El 609... ¡Qué extraño! No tenemos ningún vuelo previsto ahora con ese número. ¿Sabe en qué avión va a viajar, señor?

—En un «DC-8»

La muchacha le miraba con más asombro cada vez.

—Perdón, señor, pero aquí hay una confusión —dijo educadamente—. Los aparatos «DC-8» los teníamos hace dos años en esa ruta. Pero ahora vamos a El Cairo, Beirut, Damasco y Bagdad con los «Boeing». Y una vez a la semana sale un Jumbo.

Kenton no contestó.

Se notaba que le costaba respirar.

La chica se intranquilizó incluso un poco. Preguntó con voz velada:

—¿Tiene su billete, señor? Puedo revisárselo.

Kenton se palpó los bolsillos.

No llevaba nada.

—Perdone... —musitó—. No, no lo llevo. Gracias.

—¿Ha viajado usted con nosotros?

—Claro... claro que sí.

Y salió.

La cabeza le daba vueltas.

Comprendía que a la muchacha de la Arabian Air Lines debía faltarle poco para llamar a los loqueros.

Volvió a ponerse ante el volante de su viejo cacharro y rodó hacia el Hospital de Veteranos, hacia la finca del hebreo Baltazar Amin. Había una serie de cosas que necesitaba aclarar y su instinto le decía que solamente allí podría hacerlo. No sabía bien hacia dónde iba, porque era como si se moviera a través de una nube, pero al menos ahora tenía una dirección que seguir.

Vio la finca.

Vio el maravilloso porche blanco.

Estacionó el coche en las cercanías y entró.

Vio el soberbio prado verde.

Vio los soberbios muebles.

Las soberbias piernas de Ketty Arden.

Ella le miró con ojos entrecerrados.

Ya no le tenía miedo como la otra vez.

Susurró:

—Hola, muñeca.

—Hola, Kenton.

—¿A qué ha venido otra vez? ¿No tuvo bastante con el jaleo que armó en su primera visita?

—Ahora no vengo a pegar a nadie.

—¿Pues a qué viene?

Kenton dijo con la mayor desvergüenza:

—A ver tus piernas.

Ketty Arden no se inmutó. Debía estar acostumbrada a que los hombres dijese barbaridades más o menos gordas de aquellas dos cosas largas y bonitas, torneadas y firmes, que nacían en sus caderas y terminaban en sus zapatos. Los diminutos shorts indicaban también que las caderas de la nena estaban muy bien aprovechadas. Y todo lo demás. Kenton se preguntó cómo era posible que el profesor de tenis, al otro lado de la red, no fallara todas las pelotas.

—¿Un whisky? ¿Un gin-fizz? ¿Un Martini? ¿Un poco de pólvora machacada?

La muchacha, sin moverse de su indolente posición, le estaba ofreciendo todo el repertorio de bebidas de la casa.

Kenton susurró:

—A mí me gustaría un beso con un poco de seltz.

Ella tampoco se inmutó.

Entreabrió sus pulposos labios.

—¿El beso —preguntó— frío o caliente?

—Lo preferiría tibio —murmuró Kenton—, pero la verdad es que frío no lo he probado nunca.

—Pues prueba.

La chica se puso en pie.

Buena escultura la de aquella condenada Ketty Arden.

Tomó con sus dedos un pedacito de hielo de los que había en el cubo de plata, junto a las bebidas, y se lo puso a flor de labios.

Acercó la boca a la boca de John Kenton.

Este no notó ni el hielo.

Condenados labios los de aquella bruja.

Condenado momento.

Condenada sensación de que todo en torno suyo se ponía a

arder.

Cuando se separaron, Ketty musitó;

—Otro día, ¿lo preferirás más frío?

—¿Es que sabes hacerlos de más maneras?

—Sí. Hasta con sabor a fresa.

Kenton la atrajo repentinamente hacia sí.

Aquella muchacha le volvía loco.

Le quemaba la sangre.

Y, sin embargo... ¡sin embargo, la muchacha le daba un cierto miedo! ¡Le recordaba cosas que no quería recordar! Por eso, cuando la acercó de nuevo, no fue para besarla.

Fue para mirarla al fondo de los ojos.

—Ketty —susurró—, ¿qué hicieron aquellos hombres contigo?

—¿Qué hombres?

La zarandeó.

No se daba cuenta, pero casi le hacía daño. La muchacha exhaló un gemido, mientras sus labios, al ser sacudida de aquel modo, casi chocaban con los labios del hombre.

Pero éste no pensaba ya en besarla. La zarandeaba como si fuese otro hombre el que actuara por él. La quemaba con aquella mirada que llegaba hasta el fondo de sus ojos.

—Aquellos hombres... —gimió Kenton—. Aquellos tipos que hablaban en árabe, aquellos tipos que... ¡que te estaban ultrajando!

Y Kenton se estremeció.

La palabra maldita, la palabra sucia, la palabra que, sin embargo, lo desvelaba todo, ya había sido pronunciada. Era una de esas palabras que parecen abrir las puertas del Más Allá. A partir de ese momento, Kenton ya vio al menos algo claro: ¡Ketty Arden había sido ultrajada delante de sus ojos! ¡Había sido ultrajada!

¡Ella precisamente! ¡Ketty Arden!

¿Pero cuándo? Y sobre todo, ¿DÓNDE?

Los pensamientos se disiparon de pronto.

Todo se nubló ante los ojos de John Kenton.

Ella estaba muy pálida.

Tenía miedo, pero no era de él. El joven lo comprendió al seguir la dirección de sus ojos.

Vio el coche estacionado al otro lado del prado verde, en una calle privada que llevaba al mar. Allí no había estacionado ningún

otro vehículo. Apparently la cosa no tenía nada de especial.

Un automóvil estacionado en un sitio solitario. ¿Y qué?

Pero Ketty lo miraba aterrada. Sus ojos de lince acababan de descubrir algo que los ojos de lince de Kenton también descubrieron.

Por la ventanilla del coche, en el lado que daba a ellos, asomaba un hombre con un rifle. Era un rifle provisto de silenciador, o sea que enviaría la muerte sin que nadie se diera cuenta. Y les estaba... ¡les estaba apuntando con él!

La muchacha susurró:

—Dios mío...

Kenton comprendió que el disparo del desconocido era inevitable, y que con aquel arma de precisión les alcanzaría. Intentó proteger con su cuerpo a la chica, aunque la verdad era que no entendía nada.

La bala llegó sin que la oyesen.

Fue apenas un silbido.

Y...

¡CHASK!

Se empotró junto a sus cabezas sin herirles. Un pedazo de pared se desconchó, pero eso fue todo. Kenton pensó en un relampagueo: «Mala puntería tiene ese buitre...»

Pero entonces pusieron algo entre sus manos. Al principio no lo acabó de entender.

Sus dedos rozaron la culata de madera.

Ketty bisbiseó:

—Por favor... ¡tenemos que defendemos!

Él miró la «Luger» de largo cañón que ella le había entregado. Y pensó que hubiera podido hacer miles de preguntas sobre aquello, pero ahora no estaba en situación de perder ni un instante. Vio que el desconocido del rifle se disponía a disparar otra vez.

Kenton alzó la pistola.

Fue un gesto maquinal, perfecto, un gesto que parecía llegar hasta sus músculos desde el fondo de su propia sangre.

Apretó el gatillo.

El disparo sonó roncamente, pero como la casa estaba aislada nadie debió saber de dónde venía. Y además fue un disparo solamente, un chasquido que se extinguió cuando apenas se había

iniciado.

Fue también algo más.

Fue un disparo increíble.

A aquella distancia se podía hacer buena puntería con arma larga, si el arma y el tirador eran de primera calidad. Pero lograr un impacto con pistola y casi sin tiempo para apuntar, sobrepasaba todo lo razonable. El disparo de John Kenton fue digno de un tirador olímpico.

El hombre soltó el rifle.

Quedó doblado de bruces sobre la ventanilla del coche.

Con un orificio redondo en mitad de la frente. Con una bala entre las cejas...

Y con una cara de asombro que era todo un poema. Seguro que había entrado en el Más Allá lanzando cien maldiciones y haciendo mil preguntas.

Pero nadie le contestaría.

CAPÍTULO XI

—¡LO HAS MATADO, KENTON! ¡LE HAS CLAVADO UNA BALA ENTRE LAS CEJAS!

Ketty le miraba con espanto pero al mismo tiempo con un oculto entusiasmo. Él la había salvado y además había hecho un disparo prodigioso. En cierto modo podía decirse que la chica estaba extasiada con lo que acababa de suceder.

Pero nadie les quitaba el lío en que se habían metido. A una distancia relativamente corta había un coche estacionado con un cadáver dentro.

Ketty musitó:

—Hay que sacarlo de allí.

—Primero habrá que saber quién era —susurró el detective—. De otro modo las cosas no tendrían sentido.

Y avanzó por el prado en dirección al vehículo.

La muchacha le seguía.

Nadie, en la lejana calle que había a la derecha, se había dado cuenta de lo sucedido. El disparo con rifle hecho desde el automóvil había sido ahogado por el silenciador. En cuanto al disparo de la «Luger» la gente no sabía bien de dónde había venido. Incluso podían haberlo confundido con la falsa explosión de un tubo de escape.

El joven llegó hasta el vehículo después de atravesar el prado. Todo estaba en calma. Miró los ojos del muerto.

En estos aún flotaba una indefinible expresión de sorpresa, como si la hubiese palmado sin entender nada.

Era un árabe.

Quizá un egipcio.

Y llevaba un immaculado traje color paja con una camisa blanca y una corbata donde flotaba una flor roja.

Kenton notó que le tomaban por el brazo.

La chica estaba junto a él. Temblaba.

—¿Y ahora? —musitó—. ¿Qué hacemos ahora?

—¿Conocías a este tipo?

—No. No lo había visto nunca.

—¿Y por qué entonces ha disparado contra ti?

—O contra ti, Kenton murmuró ella.

Kenton cerró un momento los ojos. Sí, podían haber disparado contra él. Claro que sí. No en vano, pocos días antes, había liquidado a un tipo que llevaba una corbata de aquella clase.

Musitó:

—No lo había visto jamás, pero es posible que haya disparado contra mí. Realmente es mejor que nos tengamos que hacer esa pregunta.

—¿Por qué?

—Porque si no llega a fallar la puntería, sabríamos muy bien contra quién había disparado, nena.

Ketty había palidecido mortalmente. Quizá se daba cuenta ahora de lo cerca que estuvieron de morir.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Kenton?

—Lo normal sería avisar a la policía, ¿no?

—¿Tú crees?

—No, no lo creo —dijo él negando con la cabeza—. Si la policía me enchirona aunque sólo sea por algún tiempo, nunca podré averiguar lo que hay detrás de todo esto. Los acontecimientos me desbordarían, y para evitarlo necesito estar libre.

Ketty movió tenazmente la cabeza.

—Te ayudaré, John —musitó.

Él la miró al fondo de los ojos, donde brillaba una lucecita conmovedora. ¿Por qué le había ayudado Gloria Bassar? ¿Por qué le estaba ayudando Ketty Arden? ¿Por qué las dos mujeres que se habían cruzado en su camino querían hacer tanto por él?

—Cualquiera diría que estoy en forma —musitó—, y en cambio estoy hecho una calamidad.

—¿Qué dices?

—Nada, nada...

Miró a lo lejos.

Un autobús salía del Hospital de Veteranos. Las alumnas de un colegio cruzaban la calzada. Un policía de tráfico ponía una multa a un coche mal aparcado mientras otro empezaba a mirar recelosamente hacia donde estaban ellos.

—Desde esta distancia no se da cuenta —musitó el detective—, pero puede recelar algo y venir con su moto Tenemos que sacar toda esta basura de aquí.

—Vamos —susurró Kitty.

Ella misma empujó el cadáver dentro, hacia el asiento del copiloto. Luego preguntó:

—¿Conduzco?

—No —dijo Kenton—. Lo haré yo. ¿Pero adónde?

—Tiene que ser cerca de aquí —susurró Kitty—. No podemos ir exhibiendo un muerto en un escaparate. Creo que podríamos arrojar este coche al agua.

—Eso de arrojar los coches al agua es una vieja táctica, ¿no?

—¿Qué dices?

—Nada, nada... De momento es algo que aún no he podido aclarar.

Y se sentó al volante.

Salíó del camino privado y, llevando al muerto prácticamente en el suelo y con Kitty en el asiento posterior, rodó en dirección a la Lower Bay, hacia la zona llamada Steepkchase Park. Allí terminaba la Ocean Parkway.

En su límite, había algunos coches estacionados cuyos conductores y cuyas conductoras se besaban o contemplaban la panorámica. La mayor parte de los conductores y conductoras se concedían un descanso entre asalto y asalto, como en el boxeo, y entonces miraban las olas.

Quiere eso decir que no se fijaron en la nueva pareja de tortolitos que venían a aprovechar el gallinero. Kenton aprovechó la circunstancia de que los seres humanos sientan tanto entusiasmo por reproducirse y pasó de largo sin que nadie le viese.

Rodó sobre la fina arena con restos de grava hasta llegar a Norton Point.

Era la punta más punta de Brooklyn. Desde allí se distinguían a

la derecha los vehículos que rodaban velozmente por la carretera 27 A, en dirección a Brooklyn Marine Park, y a la izquierda la sensacional estructura del puente Verrazzano. Era un sitio desde el cual podían ver bastante bien el coche que dirigía Kenton, pero éste no tenía opción para elegir otro. De modo que gritó a Ketty:

—¡Salta!

La chica lo hizo con entusiasmo.

Exhibición de piernas.

Un enganchón.

Una media rota.

¡Plaf!

La preciosa muchacha rodó sobre la arena sin hacerse daño mientras Kenton daba más y más gas.

Parecía como si el vehículo fuera un avión a punto de lanzarse al vuelo. El motor rugía como si fuera a estallar.

Kenton contuvo el aliento.

¡BLAM!

Él había saltado también. Las piedras le «peinaron» las costillas. Debido a su inercia, el coche remontó un pequeño montículo y se hundió en las aguas, que allí eran bastante profundas.

Asunto liquidado.

Al menos de momento.

Kenton se puso en pie y avanzó hacia la muchacha. Ella dominaba su nerviosismo bastante bien, mientras se ajustaba las altas botas que, con los shorts y las finas medias constituían una combinación casi diabólica.

—No sé si lo encontrarán —dijo Kenton—. Temo que lo vea algún helicóptero de tráfico.

—Las aguas están aquí siempre muy turbias —susurró ella—, y en todo caso no creo que lo relacionen con nosotros.

Enseguida miró fijamente a Kenton.

—De todos modos debes esconderte —musitó.

—¿Tú crees?

—Al menos hasta saber qué pasa.

—Eso es razonable —dijo él.

—Y debes ir armado.

—No sé hasta qué punto es eso necesario, Ketty.

—Si ya han tratado de matarte una vez, ¿por qué no pueden

tratar de matarte otra?

—Comprendo que tampoco te falta la razón.

—¿Dónde vives?

—Tengo un despacho en Manhattan. No es lo que se dice un sitio elegante. El último cliente que puso los pies allí debió hacerlo antes de la guerra de Corea, y hasta las paredes huelen a facturas impagadas. Con las notas de los acreedores hago barquitos de papel y los dejo flotar en la bañera.

—No debes volver allí, Kenton.

—¿Y dónde quieres que me meta?

Por un momento pensó en Gloria, pero él no tenía ningún derecho a meter a Gloria en un asunto tan puerco.

—Tengo un apartamento en Queens —dijo ella.

—Exactamente, ¿en qué sitio?

—Entre el aeropuerto de Laguardia y el puente de Triboro. Desde mis ventanas se ve Rivers Island.

—Creí que vivías con Baltazar Amin y con los miembros de las delegaciones hebreas que despachan en la ONU.

—Cuando hay trabajo sí que debo vivir aquí, pero también tengo mi apartamento independiente. Y te lo ofrezco de todo corazón, Kenton. Tengo la sensación de que he sido yo la que te ha metido en este lío.

—No pienses en ello, Ketty. De todos modos creo que por un par de días, hasta ver en qué para todo esto, no voy a tener más remedio que aceptar tu oferta.

—De acuerdo, John. Vamos cuanto antes.

Caminaron hacia Steepkchase Park. Los conductores y conductoras seguían dándose clases de conducir. Había quien frenaba y había quien pisaba el acelerador a fondo. Dos que habían puesto los asientos reclinables miraron a Kenton y a la muchacha que venían a pie, tomados del brazo.

Ella dijo:

—Eh, Tom.

—¿Qué pasa, Ellen? ¿Viene tu madre?

—No... Mira esos dos. No se traen ni el coche. Pronto la gente se hará el amor en una bicicleta.

—Tienes razón, Ellen. No sé adónde iremos a parar.

—¡Qué indecencia!

—Cogidos del brazo y al aire libre. ¡Deberían denunciarlos!

—Eso, eso... No sé adónde iremos a parar las personas decentes. Bueno, Tom, no pierdas el tiempo. Si llego tarde a casa, mi madre me mata.

CAPÍTULO XII

EFFECTIVAMENTE, DESDE LAS VENTANAS SE VEÍA TODA LA PARTE final del East River y la zona de Rivers Island, más allá de la cual estaban los lejanos edificios del Bronx. Manhattan quedaba a la izquierda. Allí estaba el solitario despacho de Kenton, allí estaba la Avenida de Cristal donde Gloria Bassier tenía sus lujosas oficinas. Gloria Bassier... ¿qué diablos significaba en todo aquello? ¿Qué haría en este momento y qué habría sido de ella?

Ketty musitó:

—¿Qué te pasa? ¿Te has puesto triste de pronto?

Kenton trató de sonreír.

—Nada, no me pasa nada.

Y se volvió hacia el interior del despacho.

Libros de todas clases. Traducciones a medio hacer. Cintas magnetofónicas. Diccionarios. Numerosos textos técnicos para aclarar las dudas que pudieran surgir si se traducía, por ejemplo, un libro de arquitectura.

Ketty Arden, experta en idiomas.

Era una bonita jaula la suya a pesar del desorden y a pesar de apreciarse a simple vista lo mucho que la chica trabajaba.

—Te sentirás bien aquí, John —susurró ella—. Nadie va a molestarte porque jamás recibo visitas.

—Tengo miedo de comprometerte, Ketty.

—Es sólo por un par de días. Luego veremos por dónde asoma la nariz la policía.

Y preparó dos vasos.

—¿Un whisky, John?

—Gracias, no tengo ganas de beber ahora.

—¿Con hielo?

—Gracias, pero te he dicho que no tengo ganas de beber.

Ella rio.

—No me refería al whisky. Me refería al beso.

Él se volvió del todo. La miró al fondo de los ojos.

Vio en ellos millones de lucecitas.

—Condenada —musitó.

Y ella volvió a reír.

—No me has contestado —suspiró—. ¿Con hielo?

—No. Natural.

Ketty Arden, se acercó sinuosamente.

—A mí también me gustan naturales —musitó mientras alzaba los brazos poco a poco.

—¿Por qué?

—¿Y lo preguntas? —susurró la muchacha alzando los labios—.

La cosa está pero que muy clara, hombre: Porque se pierde menos tiempo...

Kenton dejó de ver Rivers Island. Dejó de verlo todo, excepto aquellos labios rojos que eran la vida y que tantas veces, sin embargo, le habían recordado la muerte.

Los condenados labios de aquella pequeña diosa....

CAPÍTULO XIII

DURANTE DOS DÍAS PERMANECIÓ JOHN KENTON EN AQUEL APARTAMENTO donde, en teoría, no iba a buscarle nadie, y donde estaría a salvo de las asechanzas de la Brigada de Homicidios. Durante dos días permaneció allí leyendo los periódicos, escuchando los boletines de noticias de la radio y viendo la televisión.

Se enteró por lo tanto de que el cadáver lanzado a las aguas en Norton Point había sido descubierto. Como sospechaba, un helicóptero de tráfico de los que sobrevuelan la concurrida zona de la carretera 27 A, lo distinguió al desviarse unas yardas sobre el mar. Una embarcación especializada se encargó de izar el vehículo cuando los hombres-rana dijeron que dentro había un fiambre. Y el tipo a quien Kenton había alcanzado en Cotton Village de un prodigioso disparo se convirtió en huésped fijo del depósito de cadáveres, porque al parecer nadie reclamaba su cuerpo. La televisión dio su nombre:

Jabel Azir.

Era un miembro de una misión comercial egipcia que estaba accidentalmente en Estados Unidos.

No existía ninguna pista acerca de las causas por las que le habían liquidado. Aparentemente era un tipo pacífico, un técnico en exportación que no se metía con nadie.

En la soledad del apartamento, Kenton daba vueltas y más vueltas a aquella condenada idea.

¿Por qué aquel fulano estaba allí, a tan poca distancia de un técnico israelita, es decir, de un enemigo?

¿Había querido tal vez asesinar a la muchacha porque era la secretaria de Baltazar Amin?

Sí, era más que posible. Parecía la única razón.

¿Pero qué se ganaba con eso?

¿No hubiera sido más sensato, puestos ya en aquel plan criminal, matar a Baltazar Amin y no a su pobre secretaria?

Nada de aquello cuadraba en el esquema de los pensamientos de John Kenton.

Este volvía a tener la sensación de que se volvería loco.

La única que hubiese podido aclararle algo era la muchacha, pero ella no decía nada. Durante los dos días le trajo comida y bebida al apartamento para que él no tuviera que salir, pero no se quedó con él. Tampoco volvieron a besarse. De pronto Ketty Arden parecía haberse envuelto en una espesa capa de silencio.

Todo aquello desorientaba a Kenton aún más.

Dado lo extraño de la situación, se informó bien, en especial a través de los periódicos, que eran los que daban las noticias con más detalle, acerca de lo que estaban haciendo en Nueva York egipcios e israelitas. Y después de contrastar unas informaciones con otras, pues el asunto tampoco estaba tan claro, llegó a las siguientes conclusiones:

Una: Después de la ruptura con los soviéticos, los egipcios se habían encontrado algo cortos de armas para reemprender la guerra contra Israel.

Dos: Habían intentado por ello un acercamiento a los países occidentales, cambiando completamente de política, pero el éxito no les sonrió, al menos de la manera que deseaban, en especial después del salvaje atentado de Munich.

Tres: En vista de ello, se estaban desarrollando al margen de todo protocolo unas negociaciones secretas de paz. En ellas, los Estados Unidos podrían intervenir como árbitros de la situación.

Cuatro: Baltazar Amin era el delegado israelita para esas conversaciones.

Cinco; Abdel Kafir era el delegado egipcio.

Seis: ¡Y Abdel Kafir llevaba una corbata con una flor roja!

A partir de aquí los pensamientos de John Kenton se perdían. A partir de aquí ya le era imposible seguir reflexionando con calma. Otra vez volvían las pesadillas a él, como si de pronto se hubieran

entreabierto ante sus ojos las puertas del infierno.

Paseaba por la habitación y creía ver en las paredes siniestras apariciones.

Creía oír voces.

Había momentos en que tenía que llevarse las manos a la cabeza porque estaba seguro de que se volvería loco.

Hubo un momento en que se pegó al cristal de la ventana mientras miraba alucinado hacia la calle.

Había sido en una habitación como aquella.

Sí, lo recordaba perfectamente, como si lo estuviera viviendo otra vez. El único rascacielos de aquella república centroamericana. Abajo, desde la ventana, se veía un paisaje de palmeras. Se veía también a los yates de placer que salían del puerto. Los millonarios norteamericanos que los mandaban, se llevaban chicas mulatas a alta mar. Se organizaban grandes orgías. Las mulatas tenían las formas muy acusadas y la boca jugosa y fresca. Eran muy diferentes de las exigentes muchachas norteamericanas, que a veces dejaban un beso a la mitad porque tenían que tomar las vitaminas a su hora. Y había sido en aquel rascacielos, donde estaba de visita el presidente de la república centroamericana, donde Kenton vio al tirador apostado con un rifle de visor telescópico.

Él había sacado su pistola. Su «Luger» de cañón extralargo.

Un arma que parecía a las que se emplean en las competiciones de tiro olímpico.

El del rifle resultaba un blanco difícilísimo. Estaba a una distancia casi increíble para batirlo con arma corta.

Y entonces todo sucedió con fantástica rapidez.

El hombre del rifle se había dado cuenta bruscamente de la presencia de John Kenton. Había desviado el arma con la velocidad de un auténtico profesional.

Y la vida había sido del más rápido y más certero de los dos. La bala de Kenton surgió una décima de segundo antes.

John Kenton cerró los ojos ahora.

Sí, le parecía estar viviendo aquello otra vez.

El fogonazo.

El grito de agonía del hombre del rifle.

Su salto al vacío desde veintitrés pisos de altura. Su caída en espiral sobre las casas bajas, sobre las palmeras y sobre los esbeltos

yates donde los millonarios yanquis abrazaban a las mulatas.

John Kenton sintió correr unas gotitas de sangre.

No se había dado cuenta.

Pero durante aquel tiempo había estado desgarrándose con las uñas las palmas de las manos.

Volvió al interior y se preparó un trago de whisky.

Sentía vértigo.

Los últimos sucesos vividos danzaban en torno a él una danza frenética. Los hechos parecían repetirse. Era como si viviese otra vez todo aquello que no tenía sentido.

¿Cuándo le había ocurrido aquello? ¿Cuándo?...

Gloria Bassar estaba encinta. Se lo había dicho. ¿Pero lo estaba realmente? ¿O era una mentira más de las que habían estado diciendo a Kenton desde que empezó aquel maldito asunto?

Se estremeció.

Desde luego, Gloria Bassar podía no estar encinta, pero no era una muchacha inexperta. No, no. Era una mujer que ya conocía todos los secretos del amor.

Se lo había demostrado aquella noche en el sórdido despacho de Manhattan.

Y otra vez los sucesos daban vueltas.

Otra vez John Kenton sentía que iba a volverse loco.

Giró la cabeza.

Sí, sí, estaba sucediendo de nuevo.

No podía evitarlo.

Era terriblemente real.

Veía a la muchacha debatiéndose. Veía a aquellos salvajes que la forzaban. Veía a aquellas bestias humanas violándola una vez y otra. ¡Y él estaba delante! ¡Lo habían atado de pies y manos para que no pudiera defenderla! ¡Pero todo ocurría delante de él! ¡Le estaban obligando a ver aquella puerca canallada!

John Kenton sintió que se ahogaba.

De pronto le parecía que ya no estaba en el estudio de Ketty Arden. De pronto se encontraba en un edificio de El Cairo, un antiguo harén lleno de suaves cojines y de ricas alfombras persas.

—¡OTRA VEZ! ¡QUE LO VEA! ¡QUE LO VEA!...

John Kenton sacudió la cabeza como un borracho.

No, aquello no le había ocurrido a él. Le había ocurrido a otro.

¿Pero por qué lo recordaba entonces con tanta nitidez? ¿Por qué le parecía oír de nuevo aquella voz?

—¡HACEDLE TODO EL DAÑO QUE QUERÁIS! ¡TIENE QUE VERLO!

Kenton se puso a jadear.

Jadeaba como una bestia que está esperando lanzarse al ataque.

Los recuerdos eran como pinchazos de fuego en su cráneo.

Y había algo más: todos los que ultrajaban a aquella pobre muchacha... todos los que hacían aquello... ¡todos llevaban una corbata en la que flotaba una flor roja!

Una flor roja...

UNA FLOR ROJA...

John Kenton se llevó las manos a las sienes.

Todo su cuerpo estaba bañado en sudor. Su cabeza, a punto de estallar, zumbaba.

El odio crecía en él hasta límites inconcebibles sólo al pensar en aquellos miserables que se distinguían por la igualdad de sus corbatas.

Y de pronto vio algo más.

La chica gritaba.

Vio el rostro de la muchacha.

Su rostro...

Sus ojos...

¡La cara desesperada de la pobre muñeca a la que estaban ultrajando!

¡Era ella!

¡Ella!

¡ELLA!...

John Kenton, con los ojos desencajados, vio el rostro entre las sombras. Pero ahora no era producto de su imaginación o de sus recuerdos, sino que lo tenía delante. Era una cara real, una cara que podía tocar con las manos. Era... ¡era ella!

De pronto sintió que le sacudían. Ketty Arden casi se abrazó a él, después de atravesar la puerta del estudio, mientras gemía:

—Pero, John... ¿Qué te pasa? ¡Estás bañado en sudor! ¡Tienes la cara lívida! ¿Qué ocurre?

Él no contestó. No podía.

—John... He entrado aquí como la cosa más natural del mundo

y de repente me miras como si yo fuese una aparición... ¡como si viniera de otro planeta! ¿Qué sucede? ¡Habla! ¡Habla!...

Él le tocó los hombros, la cara. Se convenció de que no era una imagen traída por sus confusos recuerdos.

—Ketty Arden —musitó—, a ti te ultrajaron una partida de canallas. Te ultrajaron delante de mí.

Ketty Arden se derrumbó en una de las butacas. De pronto las piernas parecían haberle fallado. Miró al joven como si ella también estuviese alucinada.

—John —musitó—, tú deliras.

—No, no deliro —dijo él con voz ronca—. Me doy cuenta ahora de cosas que estaban en mí y que yo ignoraba.

—¿Qué cosas?

—Yo tomé una vez un avión de la Arabian Air Lines. Hice escala en El Cairo. Yo no sabía por qué estaba allí, pero hice escala en El Cairo. Estoy completamente seguro. Incluso varié el billete a última hora. Hace poco, al pasar por delante de las oficinas de la compañía: aérea, lo recordé. Un impulso me obligó a entrar como había entrado aquella otra vez, hace quizá mucho tiempo.

Calló porque le costaba hablar. Las palabras corresponden a los pensamientos, y los pensamientos eran arrancados del cerebro de Kenton como clavos al rojo.

Ella también le miraba sin decir una palabra.

Él continuó lentamente:

—Me detuve en El Cairo y allí ocurrió algo terrible, algo que no puedo precisar, porque si lo precisara tendría quizá la clave de todo. Pero sé que fracasé en algo. Fracasé en algo tan importante que eso significó el fin de mi carrera, significó el fin de todo. Una serie de árabes me hicieron prisionero. Quizá eran ocho contra mí. Creo recordar que... que maté a uno de un puñetazo. Pero los otros me obligaron a presenciar algo terrible. ¡Me obligaron a presenciar cómo ultrajaban a una chica!

Inclinó la cabeza.

Volvía a jadear.

Respiraba en cierto modo como un animal herido.

Y miraba con ojos alucinados a Ketty Arden.

Ella balbució:

—John, yo...

—Esa muchacha eras tú, Ketty Arden. Eras tú... No comprendo cómo he podido encontrarte aquí, en los Estados Unidos, pero en cambio comprendo muchas otras cosas. Por ejemplo... ¡por ejemplo entiendo por qué odio a todos los tipos que llevan esas extrañas corbatas! ¡Aquellos cerdos las llevaban! ¡Todas iguales! ¡Todas iguales como las caras del infierno! Ahora comprendo también por qué maté a un hombre que la llevaba, un hombre con el que me tropecé casualmente en Nueva York y cuyo, cadáver escondí de momento en mi despacho. El odio me ahogaba... ¡un odio inhumano contra todos los que llevaban aquellas cochinas corbatas! Pero fuera de eso todo es confuso, Ketty. A veces creo que... que voy a volverme loco.

Ella se había acercado suavemente.

Con una gracia felina.

Le acarició levemente los cabellos. John Kenton aceptó con gratitud aquella caricia, pero seguía teniendo la mirada perdida.

—John —dijo ella con un soplo de voz—, no te conviene seguir encerrado aquí.

—Pero pienso que debe buscarme la policía...

—Aun así debes salir. Aquí acabarías por volverte loco, Kenton.

—En eso no vas demasiado errada. Creo que si me quedo aquí acabaré sufriendo alucinaciones.

—He buscado otro refugio. Este es en Washington.

—¿En Washington?

—Sí. Allí no correrás ningún peligro. Es un sitio discreto y donde nadie te encontrará.

Él parpadeó.

—¿Por qué haces todo esto por mí, Ketty?

—Tú lo hiciste por mí. Tú mataste antes a un hombre por defenderme.

—No tiene ningún mérito. Te juro que lo hice de un modo automático, casi sin darme cuenta.

—Pero lo hiciste, John, y con ello me salvaste. Yo debo salvarte a ti en la medida de mis posibilidades. Ven... Todo está preparado.

John Kenton se dejó llevar.

En realidad lo mismo le daba estar en un sitio que en otro.

La muchacha tenía estacionado un «Ford Granada» delante de la puerta. Salieron los dos sin llamar la atención de nadie. Antes de

poner el motor en marcha, ella dio a John Kenton unas gafas negras.

—Tómalas. Es más prudente.

Él se las puso en silencio.

Sí, era mejor así.

Veía las cosas con menos claridad.

No distinguía apenas el asqueroso mundo que le rodeaba.

Después de atravesar Manhattan sin tener ningún tropiezo, tomaron a buena velocidad la autopista de Filadelfia, Baltimore y Washington. Ella conducía bien, pero en silencio como si no quisiera turbar los pensamientos del joven. Y ponía un interés especial en no realizar ninguna maniobra incorrecta que pudiera llamar la atención de los numerosos policías de tráfico, a fin de que éstos no les obligaran a detenerse y a identificarse.

John Kenton tenía los ojos entrecerrados.

Por detrás de ellos desfilaban los recuerdos, aquellos extraños recuerdos que estaban dejando en su vida una estela de sangre y de niebla.

Se veía en otro coche.

Un soberbio descapotable digno de un presidente. La gente les aclamaba, pero él no estaba atento a las aclamaciones, sino sólo a las ventanas, a las esquinas y hasta a las palmeras. Vigilaba sin descanso. ¿Pero vigilaba a quién? ¿Y para qué?

Todos sus pensamientos se confundían.

Hubiera vuelto a hablar a Ketty Arden de lo que sucedió en una ciudad egipcia y le hubiera hecho centenares de preguntas sobre ello, pero no se atrevió. Temía herir a la muchacha con los recuerdos, y además ella tampoco le daba pie para iniciar la conversación en aquel sentido.

Le pareció que llegaban a Washington en un soplo. Cuando distinguieron la blanca cúpula del Capitolio, a John Kenton le pareció que no había transcurrido ni una hora.

Había estado otras veces en el Capitolio. Confusamente lo presintió ahora.

Él había estado en el Capitolio en otro tiempo... En otro tiempo... En otro tiempo...

Los pensamientos daban vueltas en torno a su cráneo como moscones insistentes.

John Kenton cerró los ojos e hizo un esfuerzo para dejar de pensar. Era mejor así porque de lo contrario hubiera acabado pegando gritos.

CAPÍTULO XIV

—¿VES? —le dijo Ketty Arden—. Desde aquí se distingue perfectamente la avenida de Pennsylvania, que es la más importante de la capital, como tú sabes. El Capitolio lo tienes allí, al fondo. Los coches pasan apenas a veinte yardas por debajo de tu ventana. Supongo que aquí te sentirás más distraído que en el Bronx y te encontrarás mucho mejor. Este apartamento lo he alquilado a mi nombre, pero expresamente para ti.

John Kenton la miró con gratitud.

Era bonita la muñeca.

Y agradecida.

Y con unas curvas que enloquecerían a un hombre. O a una colección de hombres, como aquellos cochinos egipcios.

Su rostro volvió a nublarse.

Otra vez los pensamientos le atormentaban.

Pero consiguió sonreír.

—Sí —dijo—, es un sitio magnífico, Ketty, y creo que aquí me sentiré mucho mejor. ¿Pero tú qué vas a hacer mientras tanto? ¿Te quedarás aquí?

—Tengo trabajo en Nueva York —musitó ella — y por lo tanto será mejor que regrese, pero mañana por la tarde procuraré estar aquí de nuevo. Vendré en avión para no perder tiempo. ¿Necesitas dinero?

—No —dijo Kenton—, y aunque lo necesitara tampoco lo aceptaría de una mujer.

—No sé por qué eres tan orgulloso, John. En fin... En la nevera tienes todo lo que necesitas para un día. En el armario también hay

ropa a tu medida por si te hace falta. Me he ocupado de todo porque creo que lo mereces. Y ahora, si me lo permites, regresaré a Nueva York. Quiero tomar el último avión.

Tendió los labios hacia él.

Los labios pulposos y frescos,

Buena chica, qué diablos.

Y agradecida donde las haya.

Y de sólidas curvas.

Pero John Kenton recordaba ahora muy bien lo que había sucedido con ella en Egipto. No quería ponerse al sucio nivel de aquellos tipos que la ultrajaron, aunque sólo fuera rozando sus labios. Por eso murmuró sencillamente:

—Gracias, muchacha; quizá algún día te lo pueda pagar.

Ella salió en silencio.

Como una sombra.

Kenton recordó a Gloria Basser.

¿Pero por qué a Gloria Basser precisamente?

¿Qué tenía que ver?...

Cuando la habitación quedó en silencio, miró hacia la Avenida de Pennsylvania.

Había muy poco tránsito. En especial, escasísimos coches se dirigían hacia la blanca mole del Capitolio.

El joven se preparó un whisky doble y se puso a apuntar en una hoja de papel todas las cosas dispersas que se le ocurrían. Eran cosas sin sentido, cosas que a otro quizá le hubieran parecido absurdas, pero él las anotaba pacientemente una bajo otra.

PALMERAS,

REPÚBLICA CENTROAMERICANA,

RASCACIELOS,

HOMBRE MUERTO,

EGIPTO,

UNA PISTOLA,

UN CAÑÓN LARGO, MUY LARGO,

LAS CORBATAS... LAS CORBATAS... LAS CORBATAS...

Sus pensamientos se convulsionaban y se estremecían al llegar aquí. Era aquí dónde parecían terminar.

Todos los recuerdos, por dispersos que fueran, los había ido apuntando Kenton. Pero aquí terminaban. Se levantó de su asiento

con un gesto de pesadumbre y apuró de un trago el whisky doble.

Abrió el armario donde le habían dicho que iba a encontrar ropa a su medida.

Y allí vio el rifle con visor telescópico. Allí distinguió un «Greco» modelo especial tan ligero como una pluma y tan ajustado como una pieza de joyería.

Un arma de muerte que le esperaba quieta allí, como agazapada en el fondo de sus recuerdos.

CAPÍTULO XV

LE DESPERTÓ POR LA MAÑANA EL BULLICIO DE LA GENTE bajo su ventana dando a la avenida de Pennsylvania. Kenton no hizo caso, pero al salir de la ducha miró por curiosidad. Y distinguió entonces, mientras se abrochaba la camisa, la manifestación que se estaba organizando en la arteria principal de Washington.

Bueno, no era una manifestación, sino dos.

Una, la más numerosa y bien organizada, resultaba pro-judía. Como los israelitas son muy poderosos en los Estados Unidos y ocupan los puestos de «élite» gracias a su gran capacidad intelectual, pueden movilizar grandes masas y grandes recursos. Y así, la manifestación con banderas de Israel crecía por momentos y se acercaba peligrosamente a otra manifestación más reducida y que enarbolaba banderas de los países árabes. Esta segunda manifestación estaba formada principalmente por estudiantes iraquíes y del Yemen, además de unos cuantos sirios y de los empleados de las compañías petrolíferas libias, a quienes sus jefes les habían dado fiesta y una paga doble para que salieran a la calle provistos de cachiporras.

Pero, pese a la violencia de los preparativos, no iba a ocurrir gran cosa allí.

La policía había formado un «cordón sanitario» entre las dos manifestaciones. Y, para esos casos, la policía de la capital federal, tiene reclutados a unos gorilas de dos metros que podrían cazar con la boca una red de baloncesto y además partir el aro con los dientes. Unos tíos armados con unas porras descomunales y que se están quietos hasta que de pronto les pica la pulga. Y, amigos, no hay

nada tan incómodo como un policía de dos metros, bien alimentado, bien pagado y con la pulga en el cogote.

El joven sabía eso.

Por ello no se preocupó demasiado.

Se anudó la corbata y trató de recordar qué pasaba aquel día en Washington. De pronto sus recuerdos se concretaron. Ah, diablos... Sí. Ahora se acordaba. Baltazar Amin, el delegado israelita, y Abdel Kafir, el delegado egipcio, irían a presentar al presidente de los Estados Unidos sus respetos y a agradecerle su hospitalidad. Lo cual era tanto como pedirle una vez más que fuera el árbitro de sus conversaciones.

El acto no tenía ningún carácter oficial, ni mucho menos, pero las noticias circulan aprisa en una ciudad como Washington. Y los manifestantes israelíes y árabes se habían congregado con motivo de aquellas conversaciones de paz para recordar que aún existía la guerra. Y para exigir a gritos a sus delegados, cuando pasaran en los coches, que durante las conversaciones no cedieran al enemigo ni un palmo de terreno.

John Kenton hizo un gesto de hastío.

Ojalá terminara aquello de una vez. Ojalá la gente entrara en razón y se acabara aquella tensión insoportable.

Cochina y sucia guerra.

De pronto vio enfilar por la avenida de Pennsylvania un coche que ostentaba una bandera con la solitaria estrella de Israel. Era un coche descubierto, y los ojos de halcón de John Kenton descubrieron enseguida al principal personaje que iba en él, y que no era sino Baltazar Amin, el cual ya le atendió una vez en su casa. El automóvil, un discreto «Datsun» británico, rodaba a poca velocidad y enfilaba en línea recta hacia el Capitolio.

John Kenton se mantuvo quieto.

No sentía nada especial.

Quizá un poco de gratitud.

Pero sus facciones estaban impasibles y en sus nervios no había la menor vibración, la menor sacudida.

De pronto vio otro coche.

Este rodaba por la avenida de Pennsylvania a menos velocidad aún y también era descubierto. Se trataba de un presuntuoso «Rolls» como los que usan los marajás indios, los jefes de Estado árabes y

los reyezuelos del petróleo. En él iba un hombre moreno que gesticulaba animadamente con sus ayudantes y los miembros de su «entourage».

Los ojos de halcón de Kenton se empequeñecieron.

Llegaron a parecer dos puntitas de alfiler.

Sus manos se abrieron y cerraron dos veces en el aire.

Sabía quién era aquel hombre.

Se trataba de Abdel Kafir, el delegado egipcio en las conversaciones oficiosas de paz.

Ni su rostro ni sus gesticulaciones significaban nada para John Kenton.

Pero en cambio significaba mucho su corbata.

Otro hombre tal vez no la hubiera distinguido.

Él sí.

Él tenía ojos de tirador de las Olimpiadas, tenía ojos de cóndor de los Andes.

Y vio perfectamente lo que había visto en una fotografía de un periódico y le produjo ya entonces un terrible shock. Vio la corbata... ¡Aquella corbata de la que Abdel Kafir parecía no separarse nunca y en la que flotaba una inmensa flor roja!

Los movimientos de Kenton fueron maquinales.

Tranquilos.

Pero estuvieron dotados de esa precisión de las máquinas automáticas, para las que cada segundo tiene su importancia. Fue al armario, tomó el rifle de precisión, comprobó su carga y se apostó con él en la ventana.

Nadie le vigilaba, al menos en apariencia.

Sus ojos seguían siendo pequeños como dos puntas de alfiler.

El coche de Abdel Kafir se encontraba todavía a una respetable distancia, pero para él era como si lo tuviese al lado. Lo distinguía tan perfectamente que no necesitaba ni el visor telescópico. Apuntó con cuidado al corazón del egipcio.

Este se dibujó en la cruz del visor.

Un disparo infalible.

Abdel Kafir era ya un hombre muerto.

John Kenton permaneció irnos segundos así, durante esos dramáticos instantes que preceden al disparo infalible. Su pulso estaba firme, pero sus pensamientos eran un torbellino. Sus nervios

vibraban como cuerdas de guitarra a las que alguien está arrancando una sinfonía de muerte.

Recordaba otros momentos como aquel.

Un dramático momento de quietud mientras los jueces de tiro le observaban.

Mientras grandes cronómetros controlaban cada movimiento.

Mientras los cameramen de cine y de televisión estaban pendientes de cada uno de sus gestos.

«Este rifle tiene un defecto en el punto de mira... Ahora me doy cuenta... Debería cambiarlo, pero entonces dirían que hago guerra de nervios... Voy a fallar por él... Voy a fallar por él...»

Los pensamientos de John Kenton eran un volcán.

Los músculos le hacían daño, de tan tensos que estaban.

La Olimpiada de México...

La Olimpiada de México...

¡LA OLIMPIADA DE MÉXICO!

¡Esas palabras eran la clave de todo! ¡Allí estaba él, un tirador excepcional, intentando batir el récord del mundo!

¡Él, uno de los mejores gatillos de los Estados Unidos, el mejor quizá!

¡Él, un pistolero del Gobierno!

Se estremeció durante unas décimas de segundo.

El corazón de Abdel Kafir aún seguía enmarcado en su punto de mira.

Tenía que disparar ahora...

Ahora...

¡AHORA!

Movió el rifle.

Al otro lado de la inmensa avenida de Pennsylvania estaban los dos hombres que le vigilaban atentamente con sus prismáticos.

Dos árabes.

Ninguno de ellos llegó a hacer un movimiento. Sólo vieron que el rifle giraba. Ahogaron una sorda maldición.

¡BAAAAANG!

¡BAAAAANG!

Las balas fueron instantáneas, implacables.

La precisión resultó tan absoluta que un recordman del mundo no la hubiese mejorado. Las balas pasaron rozando los prismáticos y

se hundieron en las frentes de los dos hombres.

Estos quedaron espantosamente inmóviles, materialmente doblados sobre el alféizar de la ventana.

Como el rifle llevaba silenciador, ni el menor estampido se escuchó en la avenida de Pennsylvania. Sólo el ronquido de la bala cuando atravesaba de lado a lado la enorme arteria de la capital, pero los gritos de los manifestantes lo ahogaron por completo.

El coche de Abdel Kafir estaba ya pasando.

A cada segundo se perdía una nueva oportunidad para matarle.

Pero eso ya no importaba a John Kenton, quien solamente miraba las ventanas del lado opuesto de la calle. Y así sus ojos pudieron ver entonces al hombre armado con un rifle que le apuntaba a él. No debía ser un tirador excepcional porque de lo contrario le hubiesen encargado el siniestro trabajo en lugar de encargárselo a John Kenton. Pero tenía la ventaja de estarle apuntando ya.

Kenton apretó salvajemente los labios.

Todo dependía de una décima de segundo.

Musitó con suavidad:

—Muerte...

La bala llegó a su destino antes de que el tirador apostado al otro lado de la calle llegara a apretar el gatillo.

El árabe se estremeció.

Una terrible mancha roja había aparecido en su frente.

Kenton apenas tuvo tiempo de girar el rifle.

Oía de pronto los pasos a su espalda. Sabía que sus asesinos estaban allí. Que los que le habían metido en aquella siniestra ruta estaban a pocos pasos.

La puerta se abrió de repente.

Dos tipos morenos, armados con pistolas «Smith-Wenson» aparecieron en el umbral. Los dos lanzaron al unísono un grito de rabia mientras se disponían a tirar contra Kenton.

Este tenía que contar con la desventaja del arma larga, que dificultaba sus movimientos, pero aun así giró con la rapidez de un auténtico profesional, de un campeón.

Disparó dos veces con rapidez meteórica.

Uno de los dos intrusos saltó hacia atrás con el pecho atravesado. Su camisa blanca se había transformado de repente en

una camisa roja. El otro llegó a disparar en el momento de ser atravesado por la segunda bala.

John Kenton sintió un terrible dolor en el hombro derecho.

Salió despedido hacia atrás.

El rifle resbaló de entre sus dedos.

Al fallarle las articulaciones era incapaz de sostenerlo.

Los dos hombres que intentaron dejarle seco habían caído ya, pero Kenton oyó el rápido taconeo en el pasillo. Se dio cuenta de que alguien más llegaba. Y no era una sola persona, sino dos.

Logró sujetar el rifle con una mano solamente y encararlo hacia la puerta. Sabía que no podía fallar porque de lo contrario iría al infierno con todos los gastos pagados. Sus enemigos ya estaban encima.

Vio primero a un individuo al que ya conocía.

—¡Mizzian!

¡Joseph Mizzian, el hombre que, según Gloria Bassar, la había seducido!

Kenton conocía la falsedad de aquella historia, pero en cambio lo que tenía delante sí que era auténtico. Mizzian llevaba una «German Luger» y le apuntaba rabiosamente con ella. La vida o la muerte de los dos dependían sólo de unas décimas de segundo.

Kenton envió un seco balazo a través de aquella reducida distancia. Vio una espantosa mancha roja que lo llenaba todo como en una pesadilla. Mizzian arañó la pared mientras aún intentaba poner la «Luger» en línea de tiro.

Una segunda bala acabó definitivamente con él.

Pero a Kenton ya no le quedaban balas en el cargador. Había agotado todos los plomos. Tampoco le quedaban fuerzas para sostener el arma, dado el dolor lacerante que sentía en el pecho.

Y entonces vio a su segundo enemigo.

Vio ante todo la «Browning» que empuñaba,

Su fina mano.

Sus ojos ardientes.

Y el rostro quieto, inexpresivo de Ketty Arden. Aquel rostro donde parecía palpitar un solo deseo: matar.

John Kenton no opuso resistencia.

Sabía que era inútil.

A sus ojos asomó una llamita triste. Morir precisamente ahora

que veía las cosas con claridad... Ahora que había reencontrado la auténtica ruta de su destino...

Ketty barbotó:

—Tú has estropeado nuestros planes preparados durante tanto tiempo, perro... Pero ya no volverás a tomar iniciativas en tu cochina vida. Esta ha sido la última.

Fue a apretar el gatillo.

Kenton ni siquiera pestañeaba.

Lo único que consiguió fue mover el rifle empuñándolo por el cañón y propinar un fuerte golpe con la culata tras las rodillas de la muchacha. Esta perdió el equilibrio mientras su índice apretaba el gatillo.

Lanzó un grito de odio.

La bala se clavó en la pared, a muy poca distancia de la cabeza de Kenton.

Ahora Ketty, rechinando los dientes, avanzó a la carrera dos pasos. No estaba dispuesta a fallar. Casi llegó a apretar el cañón de la «Luger» contra una de las sienes de John Kenton.

Pero éste, que se hallaba caído al pie de la ventana, había golpeado otra vez las rodillas de la muchacha con la culata del rifle. Ketty Arden dio un traspiés y lanzó un grito mientras disparaba de nuevo.

La bala, enviada a boca de jarro, atravesó el brazo izquierdo de Kenton. Este contuvo un gemido mientras su cerebro parecía enviar al espacio ondas de dolor insoportable. Y oyó en aquel momento, como un cuchillo que rasgara el espacio, el chillido lacerante de Ketty Arden.

La muchacha, que venía lanzada, había tropezado con el alféizar de la ventana abierta.

Sus piernas, castigadas por dos veces, fallaron en el segundo decisivo. Sus manos arañaron el aire.

¡Y cayó a plomo sobre una de las más famosas avenidas del mundo! ¡Sobre la avenida de Pennsylvania!

En toda la enorme calle se escuchó un unánime clamor de asombro.

Todos los rostros se volvieron en la misma dirección.

El brutal impacto hizo que algunos de los más cercanos espectadores fueran salpicados por la sangre.

Kenton sintió que se nublaba su mirada.

Su respiración era irregular y jadeante.

Todo el cuerpo le producía un dolor insoportable.

Parecía como si la cabeza no se le sostuviera sobre los hombros.

Y entonces tuvo aquella extraña visión, aquella visión que parecía una burla del destino antes de acabar con él, antes de hacerlo reventar como a un perro en el desierto.

Era otra vez la fiesta de la avenida de Cristal.

La de la oficina de Gloria Basser.

Todos los hombres importantes que había conocido allí, todos los tipos que había conocido en aquel lugar estaban entrando en la habitación de la avenida de Pennsylvania como si eso fuera lo más natural del mundo.

¡Y todos iban armados!

¡Todos parecían apuntarle!

John Kenton sólo fue capaz de decir:

—Disparad de una vez... Acabad con esta pesadilla...

Y perdió el sentido.

Ya no pudo soportarlo más.

Cayó como un fardo mientras las baldosas se teñían de sangre.

CAPÍTULO XVI

CUANDO RECOBRÓ EL SENTIDO ESTABA EN UNA HABITACIÓN MUY BLANCA DE uno de los hospitales de Washington. Tenía medio cuerpo vendado y no podía mover el brazo izquierdo, pero extrañamente nada le dolía. Sin duda le habían administrado un calmante. Sólo su cabeza parecía flotar mientras su mirada daba vueltas y más vueltas por un espacio infinito.

Por fin sus ojos se detuvieron en un punto concreto. Por fin clavó la mirada en el hombre que estaba frente a él.

—Clarkson... —pudo musitar apenas con un soplo de voz—. Clarkson...

—Menos mal que me reconoces, muchacho —dijo el jefe del servicio secreto de protección en la Casa Blanca—. No sabes lo que sufrí cuando nos encontramos al cabo de dos años en la oficina de Gloria y me trataste como un desconocido, sin dirigirme apenas la palabra...

—Todos los que estabais en aquella fiesta... erais compañeros míos... Erais oficiales del Servicio Secreto... Ahora... ahora lo comprendo, pero... ¿Pero por qué?... ¿Por qué?

—La historia tiene sus complicaciones, muchacho —dijo Clarkson suavemente— aunque hay que reconocer que no es tan extraña en este mundo moderno donde se puede destruir tan fácilmente, gracias a las drogas, la personalidad de un hombre. La técnica del «lavado de cerebro» ya es antigua, aunque a todo aquel que se la aplican le parece espantosamente nueva. Verás...

Le dio a beber algo que había en un vaso y que animó en unos instantes a Kenton. Luego Clarkson prosiguió:

—Tu misión en Oriente Medio para capturar a un espía fugitivo te obligó a detenerte en El Cairo. Y debo decirte que tú tenías entonces un grave inconveniente para trabajar en el Servicio Secreto. Tu cara era aquel año muy conocida. De no ser por un pequeño defecto en el punto de mira de tu rifle, hubieras quedado campeón absoluto de tiro olímpico.

Kenton cerró los ojos. Los recuerdos se agolpaban ahora en él. Eran como un río doloroso e incontenible.

Aquel dolor, sin embargo, le devolvía el deseo de vivir.

Clarkson murmuró:

—Un importante grupo de nacionalistas egipcios querían acabar con Abdel Kafir, que era un hombre moderado y partidario de la paz. Pero no querían acabar con él por puras desavenencias políticas, sino por una razón mucho más material y mucho más sórdida: estaban ligados a los traficantes de armas que proporcionaban a Egipto material de guerra, y los cuales sabían que su papel subiría muchos enteros el día en que de su país fueran expulsados los soviéticos. Cosa que tenía que llegar, porque en el fondo nada hay tan distinto del socialismo ruso como los regímenes árabes, los cuales, aunque se disfracen de progresistas, son todos de ultraderecha. Abdel Kafir, por lo tanto, les estorbaba y habían planeado asesinarle.

—¿Y qué tenía que ver yo con eso? —susurró Kenton.

—Mucho. Eras el elemento decisivo. No todos los días caía en sus manos un tirador de primerísima clase y que además fuera norteamericano, es decir un hombre que pudiera comprometer con su conducta a uno de los dos países más poderosos de la Tierra. Te capturaron, lo cual fue relativamente sencillo ya que conocían la ciudad mucho mejor que tú. De todos modos la lucha fue salvaje. Mataste a cuatro de ellos, y especialmente a uno de un solo puñetazo.

—Había... había recordado algo de eso... como un chispazo.

—Bien, pero ése es un asunto aparte. De todos modos ya eres suyo. Te sometieron entonces a un cuidadoso «lavado de cerebro» que duró seis meses. Nada menos que seis meses durante los cuales tu personalidad fue destruida milímetro a milímetro. En el interin, la misión que te llevó a Oriente Medio había fracasado, naturalmente, y como nada sabíamos de ti hubo quien te propuso

para la expulsión del Servicio Secreto. Desgraciadamente tus amigos no pudimos evitarlo, porque tu desaparición te comprometía gravísimamente. Un día apareciste en una sórdida zona portuaria de Houston sin documentos y sin recordar ni tu nombre, pero entonces ya nada podía salvarte. Es decir, ya no eras un compañero nuestro, sino una especie de proscrito. Pero antes...

—¿Antes qué?...

—Se había efectuado en una finca cercana a El Cairo la «preparación» final. Se trataba de conseguir que tú, en cuanto vieses a Abdel Kafir, lo mataras automáticamente, sin reflexionar, aunque hubiera transcurrido bastante tiempo. Para ello tenías que odiar hasta límites inconcebibles algo, un símbolo, un detalle que Abdel Kafir siempre llevaba. Por eso una muchacha ligada a aquellos desalmados, una de los jefes de la banda, la amigueta de Joseph Mizzian, se dejó ultrajar por varios de ellos. Fue un espectáculo miserable, repulsivo, y que adornaron con la más refinada crueldad. Todos llevaban por supuesto, las corbatas con una flor roja que Abdel Kafir usaba siempre. Ese era el detalle que tú no olvidarías jamás. Luego te hicieron entrar ilegalmente en Estados Unidos. Tú, que por tu categoría de tirador excepcional, habías protegido al propio presidente durante sus visitas a las repúblicas centroamericanas, te convertiste en un sucio inmigrante ilegal, en un paria. Tus viejos compañeros nos hicimos cargo de la situación, tratamos de ayudarte y nos dimos cuenta con horror de que no recordabas nada de tu pasado. Entonces, ¿qué hacer?... Para que volvieras poco a poco a tu mundo, te hicimos asistir a cursos de detective privado. Lo superaste brillantemente, porque todas las técnicas ya las conocías, pero no conseguimos que volvieras a meterte dentro del caparazón de tu personalidad, que volvieras a encontrar tu alma. Dejamos entonces que trabajaras en Manhattan, dando tiempo al tiempo, pero mientras tanto los acontecimientos se habían precipitado.

—¿Qué acontecimientos? —balbució él.

—Los rusos se habían tenido que retirar de Egipto, tal como previeron los mercaderes de armas. Ante ellos se abría un mercado fabuloso, un mercado de miles de millones, puesto que sus envíos podían sustituir los envíos de los soviéticos. Sólo había un terrible obstáculo, que era como siempre Abdel Kafir. Este se disponía a

entablar aquí conversaciones de paz con un representante hebreo. Había que matarlo, y había que hacerlo precisamente aquí, por medio de un norteamericano, para que este país quedara inhabilitado para siempre de cara a las conversaciones de paz. Esto, de hecho, significaba la prolongación indefinida de la guerra... y de los negocios de la guerra.

Kenton movió la cabeza afirmativamente.

Lo iba comprendiendo todo muy bien.

E iba recordando con facilidad detalles que, en una época terrible, creyó olvidados para siempre.

Clarkson siguió:

—Te pusieron a prueba enviándote cara a cara uno de sus sicarios, el cual no sabía que corría un peligro mortal. Era un sucio asesino, pero te lo enviaron con una corbata donde flotaba una flor roja. Tú... tú lo mataste. No sabías, en el fondo, por qué lo habías hecho, pero lo cierto fue que acabaste con él. Tuviste que esconder el cuerpo en tu despacho y luego lo hiciste desaparecer, pero estuviste a punto de ser cazado cuando te sorprendió un guardián en la playa solitaria. Como los árabes te vigilaban y tu captura podía echarlo todo a rodar, no tuvieron inconveniente en liquidar al guardián con tal de sacarte del apuro. Tú hiciste tus averiguaciones y ello te llevó a conocer a Ketty Arden, que había logrado colarse como secretaria de Baltazar Amin por si hacía falta liquidar a éste también. No la reconociste, a pesar de lo que habías visto en Egipto, aunque debías recordar detalles de aquel terrible momento. Luego te sometieron a otra prueba: querían saber si tu famosa puntería seguía siendo la misma. Para ello, Ketty simuló que estaba a punto de morir a manos de un tirador apostado en un coche, el cual era otro de sus compinches que no sabía estaba exponiéndose a un peligro mortal. Tú tenías un arma al alcance de tu mano y reaccionaste como ellos esperaban: defendiendo a una mujer y aprovechando la primera bala. Eso les convenció de que seguías en plena forma y además hizo que estuvieras ligado a su organización por lo que, en teoría, era un crimen.

—¿Pero nadie me reconoció? —musitó Kenton—. Yo, que había sido casi un campeón olímpico...

—Muchacho, los nombres deportivos suben muy aprisa y bajan más aprisa aún. De una Olimpiada a otra ya no hay quien se

acuerde de los campeones, sobre todo si son deportes minoritarios como el tiro. ¡La gente ya no se acuerda ni del actual campeón de Munich! El que te reconoció fue aquel periodista, pero como eso podía hundirlo todo, los árabes lo asesinaron. No les interesaba que una entrevistó te hiciera salir a la luz de repente.

—Lo... lo comprendo. Es espantoso, pero lo comprendo.

—Sólo faltaba, en realidad, la escenita final. Ketty ya podía llevarte adonde quisiera porque en realidad fingía ocultarte de la policía. Podía llevarte a un apartamento de la Avenida de Pennsylvania, por debajo de cuyas ventanas pasaría un hombre llevando una corbata con una flor roja...

Kenton sentía en la frente unas gotitas de sudor.

Pero sentía también un inmenso, un infinito alivio:

Musitó:

—Supongo que... que aquella oficina de Madison Avenue era falsa. Lo habíais organizado todo vosotros, ¿no?

—Exactamente. Corríamos con los gastos para ayudarte. Queríamos que acabaras tú solo con la organización terrorista árabe, porque eso te rehabilitaría ante los jefes y te permitiría volver a ocupar tu antiguo puesto en el Servicio Secreto. Gloria te puso sobre la pista de Joseph Mizzian, diciéndote una mentira necesaria: que estaba encinta de él, cuando realmente Mizzian ni la conocía. Lo demás lo hiciste tú solo, muchacho. El mérito es tuyo.

Kenton cerró un momento los ojos.

Y sus labios pronunciaron un solo nombre:

—Gloria...

¿Cómo no lo había comprendido antes? ¿Cómo no le habían llegado hasta el fondo del alma su devoción, su fidelidad, su dulzura, su amor desinteresado? ¿Cómo no lo comprendió al verla de nuevo? ¿Cómo no supo desde el primer momento que en aquella sórdida oficina de Manhattan acababa de visitarle, al cabo de dos años de sufrimiento, su propia esposa?

—Ella está en la habitación contigua, muchacho —dijo suavemente Clarkson, con un brillo de humedad en los ojos—. ¿Puede pasar?

Aquel brillo de humedad en los ojos también lo tenía John Kenton. Y más intenso.

Susurró:

—Sí, que pase. Que pase enseguida...

Y antes de que Clarkson la avisara le sujetó por la manga para decir:

—Esto sólo tiene una cosa mala, amigo.

—¿Cuál?

—Creí que había conquistado a una chica estupenda y resulta que voy y me lío con mi mujer... ¿Seré idiota?...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España